

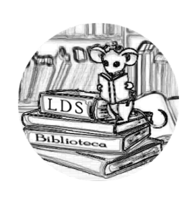
CONSTRUCTORES DE MUNDOS

LOUIS G. MILK

Los muelles crujieron levemente, amortiguando el peso de la colosal máquina. Produjéronse unos leves balanceos y luego, el navío quedó quieto.

Una escotilla se abrió a un lado. De modo automático, se desplegó una escalera de metal que enlazó la nave con el suelo. Dentro de ella, los megáfonos bramaron una orden.

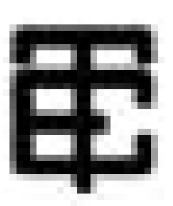
Los guardias abrieron las puertas de varias celdas. Sus ocupantes fueron obligados a salir de las mismas y caminaron a lo largo de un corredor, que conducía a la escotilla.



Louis G. Milk

Constructores de mundos

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 329



ePub r1.0
LDS 12.01.19

Título original: *Constructores de mundos*
Louis G. Milk, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CONSTRUCTORES DE MUNDOS



CAPÍTULO PRIMERO

a enorme astronave atravesó la espesísima capa de nubes que cubría perpetuamente el planeta y, con creciente lentitud, se fue acercando al suelo. A pocos metros del mismo, las patas sustentadoras surgieron del vientre del aparato.

Los muelles crujieron levemente, amortiguando el peso de la colosal máquina. Produjéronse unos leves balanceos y luego, el navío quedó quieto.

Una escotilla se abrió a un lado. De modo automático, se desplegó una escalera de metal que enlazó la nave con el suelo. Dentro de ella, los megáfonos bramaron una orden.

Los guardias abrieron las puertas de varias celdas. Sus ocupantes fueron obligados a salir de las mismas y caminaron a lo largo de un corredor, que conducía a la escotilla.

—¡Afuera, afuera! —gritaban los guardias, todos ellos armados con los temibles rifles neurónicos, destructores del sistema nervioso con una sola descarga.

Aquél que se retrasaba era golpeado sin piedad. Una mujer cayó de rodillas, gimiendo agudamente y pidiendo compasión, pero un guardia la agarró por el brazo y la empujó hacia fuera con brutalidad.

—¡Largo, perra! —le increpó.

Karel Vine escuchó el insulto. Sus músculos se contrajeron, como afectado por una súbita oleada de rabia, pero no hizo nada; por vía de la benignidad, lo menos que hubiese obtenido hubiera sido un culatazo en pleno rostro.

Saltó fuera cuando le llegó el turno, detrás de otros desgraciados como él y delante de una cohorte de doce o quince personas de ambos sexos, aunque predominaba el masculino. En total, Karel lo vio cuando hubo terminado el patético desfile, eran unos treinta. Seis de ellos, mujeres.

Un hombre, vestido de uniforme, se situó en la escotilla de la nave. En la mano tenía un papel.

Empezó a leer los nombres. Al terminar la relación, dijo:

—Todos los nombrados, como consecuencia de los delitos cometidos y en virtud de las específicas atribuciones conferidas al Tribunal de Emergencia, han sido condenados a destierro perpetuo en este planeta.

Dobló el papel y se lo guardó. Su mirada, dura, granítica, se paseó por el círculo de rostros de los desterrados.

—Muchos de vosotros estabais condenados a muerte. Otros, a penas de prisión muy largas. No es útil matar a unos seres que pueden salvarse todavía ni tampoco mantener en la ociosidad a otros que pueden desempeñar un papel de utilidad. Por eso se os ha enviado aquí. El riesgo es grande, pero el premio no es menor.

—¡Buuu…! —Hizo alguien, burlándose de él.

El jefe de la guardia no hizo el menor caso de la interrupción.

—Estáis en libertad de ir donde gustéis. En vuestro lugar, yo procuraría caminar hacia el este.

—¿Y cómo nos orientaremos en este maldito planeta, sin brújula, sin ninguna referencia celeste? —exclamó, furioso, un brasileño llamado Praes, a la vez que señalaba con la mano el cielo cubierto de espesas nubes.

—Eso es cuenta vuestra. —El guardia se encogió de hombros fríamente—. Adiós.

Retrocedió y la escalera se replegó rápida y silenciosamente. Alguien se agachó y agarró una piedra, que estrelló contra la compuerta en el momento en que ésta se cerraba.

La nave dio un salto hacia arriba. Quedó suspendida unos instantes en el aire, mientras las patas sustentadoras se replegaban bajo su vientre. Segundos después, ascendía a gran velocidad y se perdía de vista en contados segundos.

Una de las mujeres se revolcó por el suelo de pronto, lanzando chillidos agudísimos.

—¡No quiero morir, no quiero morir! —chillaba.

—Pues cuélgate de un árbol —le dijo alguien, en tono brutal.

Karel miró en torno suyo. El lugar tenía un aspecto deprimente.

Había numerosos árboles, de grandes troncos, rectos como columnas de catedral, cuyas copas se perdían en la ondulante capa de nubes. Los troncos, a veces, estaban rodeados de grandes lianas, algunas de las cuales eran tan gruesas como el muslo de un hombre. De modo sorprendente, el suelo era árido, pelado, con algunos pedruscos y escasos matojos más propios de una zona desértica que no de aquel lugar, cuyos árboles tanto parecido tenían, al menos en su aspecto externo, con los grandes «sequoias» de la costa pacífica estadounidense.

—Bueno, ¿y qué diablos hacemos aquí parados?

Era un tal Bauer, condenado por un doble homicidio.

—Tendremos que caminar, ¿no os parece? —opinó otro.

Tres o cuatro se mostraron partidarios de seguir en determinada dirección. Dos de ellos eran también homicidas. Uno era ladrón y el cuarto tenía en su historial media docena de delitos inconfesables, que al fin habían podido ser castigados.

—A ti, ¿qué te parece, Karel? —preguntó un chileno llamado Pérez, muy ancho de hombros y con la fuerza de un tractor.

Había sorprendido a su esposa en íntimo y agradable coloquio con un sujeto, y les había rebanado el cuello a ambos. La pena había sido conmutada por la de destierro en aquel planeta.

—Las nubes nos impiden orientamos —contestó el aludido—. Debemos esperar a mañana. Cuando salga el sol…

—¡El sol no se ve con esas malditas nubes! —le atajó una de las condenadas.

Aun el horror de su situación no había conseguido borrar del

todo de su rostro las huellas de su profesión, la más antigua de la mujer.

—Lo sé —respondió Karel sin inmutarse—. Pero en los momentos precedentes al amanecer, siempre hay una faja de luz que es más intensa en una parte. Allí estará el este para nosotros.

—Tienes razón, compañero —dijo Abdullah, el ladrón, guiñándole un ojo—. En lo que a mí respecta, me quedo contigo.

—Yo me voy con ésos —dijo la mujer. Y se unió al grupo de disidentes.

Un hombre salió al centro del claro. Levantó los brazos.

—Escuchadme, hermanos. No debemos fraccionarnos en distintos grupos. Si nos separamos moriremos todos. La unión puede salvarnos…

—¡Vete al diablo, imbécil! —le apostrofó uno de los disidentes —. ¿Alguien más quiere venir?

Dos se resolvieron a unirse a ellos. Una de las mujeres dio un paso hacia delante.

—Elisa, yo voy contigo —declaró.

Una mano se apoderó de su brazo. Pertenecía a una voluminosa cuarentona, de rostro de luna llena y ojos diminutos. «La Gorda» era el apodo habitual por el cual la conocían todos.

—Quédate aquí, Anuschka. MacDonald —se refería al hombre que había predicado la unión—, ha dicho la verdad.

—Tienes razón —reconoció Anuschka—. Me quedo.

—Bueno, vámonos. Adiós a todos —dijo un disidente.

Seis hombres y una mujer rompieron la marcha: En pocos minutos se perdieron de vista entre los grandes árboles.

—¡Dios! —exclamó MacDonald, un escocés de nariz encarnada y bulbosa—. ¡Y sin un mal trago de *whisky* a la vista!

Karel meneó la cabeza. Estimaba una locura la precipitada marcha del grupo. No obstante, por nada del mundo habría intentado modificar la opinión de ninguno de los presentes. Daría la suya, si se la pedían, pero nada más.

—Bueno —murmuró el chileno—, tendremos qué acomodarnos aquí para pasar la noche. —Miró de reojo a las mujeres—. Va a ser un infierno con esas pájaras aquí.

—Ya sabrán defenderse… si quieren —contestó Karel.

—Sobre todo, ésa —sonrió Pérez, señalando a una de ellas.

Karel la observó con cierta sorpresa. Hasta entonces no se había fijado mucho en ella, a pesar de que no hubiera pasado inadvertida en ninguna parte.

Era una muchacha de unos veintiséis años, de notable estatura, recia y fornida como un hombre; de miembros sólidos y firmes, pechos amplios y macizos y anchas caderas, que no lo parecían tanto debido a su complexión física. Su cabello era de tonos oscuros, aunque no negro del todo, cortado casi como un hombre, y sus ojos, de color marrón, expresaban a la vez perspicacia e inteligencia. No era hermosa ni sus rasgos poseían la finura de líneas de una belleza clásica; en el primer momento, incluso parecía fea; pero si se la miraba con cierta atención, se observaba en sus facciones una expresión de dulzura y energía que proporcionaba a su rostro un atractivo singular. Vestía como todos, sumariamente, en gracia a la elevada temperatura que reinaba en aquellos parajes, y se mantenía seria y retraída, un tanto apartada del grupo de desdichadas que habían sufrido aquella horrible pena de destierro.

—Es extraño —comentó Karel—. No parece una de… ésas.

—Pues el delito que la imputan es el mismo; me lo dijo uno de los guardias a bordo. —Pérez soltó una risotada—. El hábito no hace al monje, Karel.

—Ya —dijo el joven en tono pensativo—. Bueno, ¿nos acomodamos para pasar la noche?

Algunos de los componentes del grupo se habían esparcido por distintos puntos del claro.

—¡No se alejen demasiado! —recomendó MacDonald. Y se acercó a Karel—. Señor Vine —dijo, tratándole con todo protocolo —, ¿cree usted que conseguiremos salir adelante?

El joven suspiró.

—Francamente, no —contestó, convencido.

CAPÍTULO II



un cuando Karel Vine conocía lo que eran las tinieblas, pero no estaba preparado para las de Venus. En la Tierra, incluso en Marte, en la noche más oscura, uno podía extender la mano y ver, a la distancia del brazo, su difusa silueta. Allí, en aquel infernal planeta, en el que habían sido abandonados, sin más que lo puesto, no veía la mano ni para cogerse con los dedos la punta de la nariz.

Buscó la protección de un árbol para descansar un rato. Lo había hecho durante el decreciente período de un veloz ocaso. En tanto no viniera el nuevo día, juzgaba pertinente no moverse del sitio.

Oía rumores y cuchicheos. Una mujer sollozaba quedamente. «La Gorda» soltó una obscena imprecación.

Alguien se quejó en sueños. Uno le despertó, con fuertes imprecaciones, lleno de cólera.

Poco a poco, Karel sintió que el sueño cerraba sus párpados. A punto de dormirse, sintió que algo le tocaba el hombro.

Se movió un poco.

—¿Quién es? —preguntó con leve siseo, a fin de no despertar a los durmientes.

Nadie le contestó. Movió los brazos, tanteando la oscuridad, sin encontrar a nadie. Pensó que se trataba de una ilusión suya, causada por la caída en el sueño. Removió la espalda un poco contra el árbol y cerró los ojos de nuevo.

A poco percibió el mismo contacto en el hombro izquierdo. Levantó la mano rápidamente y tocó una cosa blanda, suave, ligeramente viscosa. La cosa, fuera lo que fuera, se retiró en el acto.

Karel sintió que la frente se le cubría de sudor. Durante su viaje desde Marte, los guardias habían hecho algunos comentarios, no muchos, eran aficionados al laconismo, acerca de los peligros de la superficie venusiana. ¿Acaso aquel tentáculo —si tentáculo podía llamarse—, era uno de tales peligros?

Dejó pasar unos minutos, permaneciendo quieto, sin hacer otros movimientos que los propios de la respiración.

El contacto se repitió de pronto.

Ahora se notaba más pesado, como si el tentáculo hubiese engrosado. Además, empezó a bajarle por el brazo.

Esperó cosa de unos segundos. De pronto, advirtió con pánico que la cosa buscaba enroscarse en su brazo. Fantásticas historias de plantas carnívoras acudieron en el acto a su mente, llenándole de pánico.

Movió el brazo y el tentáculo se retiró. Entonces, se incorporó a medias y gateó presuroso, para apartarse del árbol. Oyó un blando chasquido a sus espaldas, sobre el suelo, y no le cupo la menor duda de que el tentáculo —acaso uno nuevo y más grueso— había errado el golpe.

Se arrastró hasta situarse a la que él creyó una prudente distancia del árbol. De pronto, chocó con un cuerpo humano y lo derribó al suelo.

Sonó un leve gemido.

—Perdone —dijo—. No le había visto.

—No tiene importancia —contestó una voz de mujer, de acento reposado—. Lo raro sería que me hubiese visto.

A gatas como estaba, Karel tanteó el suelo con las palmas de las manos.

—¿Qué hace usted? —preguntó ella.

—No quisiera equivocarme —respondió Karel—, pero no es conveniente dormir cerca de uno de esos «sequoias» venusianos.

—Me parece que hemos llegado a la misma conclusión. Sentí que me tocaban en el cuerpo y escapé. En un principio creí que se trataría de un hombre; por eso preferí no armar escándalo. Después…

Karel notó claramente el estremecimiento de la mujer.

—Sí, éste es un mal sitio —convino—. Perdón —dijo de pronto —, me llamo Karel Vine.

—Yo soy Medora Ferner —se presentó ella.

Karel no quiso hacerle ninguna pregunta más; a nadie le preocupaban las circunstancias de los demás. Medora podía contestarle con un bufido y no tenía ganas de sonrojarse.

—Tendremos que procurar dormir aquí, en el santo suelo —dijo.

Se tendió de espaldas y trató de acomodar su cuerpo a las irregularidades del pavimento.

—No hay otro remedio —admitió ella, con su clásico acento sosegado.

Callaron. A poco, Karel percibió la rítmica respiración de la joven. Lentamente, el sueño fue invadiéndole y acabó por dormirse.

No supo cuánto tiempo había permanecido durmiendo. De pronto, un grito agudísimo despertó a todos.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme, compañeros! ¡Me están estrangulando!

En el acto se produjo una gran conmoción. Karel se sentó en el suelo.

La mano de Medora le tocó en el acto.

—No se mueva —le advirtió ella en tono perentorio—. Sería catastrófico y, además, no podríamos hacer nada por ese desdichado.

—Pero es que…

Los gritos se repetían.

—¡Me ahogan! ¡Salvadme, compañerooo…!

La última sílaba se convirtió de pronto en un infrahumano gorgoteo.

Una mujer chilló histéricamente. Alguien empezó a jurar.

El escándalo era enorme. MacDonald, el escocés, trató de dominar el ruido con su potente vozarrón.

—¡Cállense todos! ¡Un poco de orden…!

—Cállate tú, bastardo —chilló un individuo.

Se oyó ruido de pelea. De pronto, sonó un chasquido. Un cuerpo cayó al suelo.

—Es horrible, horrible —dijo Medora.

Karel prefirió callar.

—¿Quién era el que pedía auxilio? —preguntó uno.

—Ngomo —respondió otro.

Karel lo conocía. Ngomo, el tanganiqués. Delito, error en los cálculos de órbita de su nave. Resultado, quinientas sesenta toneladas de combustible consumidas sin necesidad, más diez de víveres. Reclamaciones de los pasajeros, indemnizaciones de las compañías de seguros… Total, veinte años para el desdichado Ngomo, condonados por el destierro. Y ahora, por la muerte casi segura.

El ruido cesó poco a poco. Una vez más, Karel procuró dormirse.

Los nervios le jugaron una mala pasada. Despertó pronto, todavía de noche.

Se removió inquieto en el suelo.

—¿No puede dormir? —preguntó Medora.

—¿Y quién demonios podría hacerlo? —exclamó él, malhumorado.

Pasó el tiempo. Al cabo, una débil claridad apareció por encima de la grísea capa de nubes.

—Allí está el este —suspiró él, poniéndose en pie.

Medora se incorporó de un salto. Un botón de su blusa se había desabrochado y se lo abotonó con instintivo gesto de pudor.

«Pues no es una… —pensó Karel—. Y, sin embargo, estaba con ellas».

Pero no se atrevió a preguntarle nada.

El amanecer fue tan rápido como el ocaso. Pronto llegó la luz, aquella lechosa claridad que parecía provenir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

No obstante, Karel había fijado con cierta precisión el lugar por donde había salido el Sol que ellos no podían ver.

Rostros ojerosos y lívidos aparecieron por todas partes. El temor era el denominador común de las expresiones fisonómicas.

—¿Dónde está Ngomo? —preguntó uno.

Varios de los desterrados miraron en todas direcciones buscando al compañero desaparecido.

—No se ve nada… —empezó a decir Pérez, el chileno.

De pronto, algo cayó de las alturas y fue a chocar contra el suelo, esparciéndose con lúgubre repiqueteo, semejante al de unos gruesos dados de marfil rodando por encima de una tabla alisada.

Una mujer cayó fulminada, como si la hubiesen apuntillado. Otra se desplomó, chillando y pataleando, víctima de un terrible ataque de histeria a la vista del espeluznante espectáculo. Alguien se apartó a un lado y vomitó con grandes arcadas.

—¡Dios mío! —susurró Medora, helada de horror.

Los huesos del desdichado Ngomo yacían dispersos por el suelo, limpios, mondos, absolutamente despojados de toda sustancia no ósea. Dominando sus aprensiones, Karel se acercó al pie del árbol donde había caído la osamenta.

Levantó la vista hacia lo alto. Unas vedijas gaseosas se adherían a las primeras ramas del árbol, impidiendo ver lo que había más arriba. Las lianas abundaban en torno al tronco.

—Ha debido de ser una planta carnívora, que vive en estado parasitario sobre el árbol —opinó MacDonald.

—En todo caso, debe de ser una planta carnívora de gran tamaño —contestó Karel.

—Y no hablemos de sus jugos digestivos —intervino un sujeto llamado Marks, condenado a muerte por robo y asesinato e indultado después.

Presa de una súbita sospecha, Karel se inclinó y tomó una tibia. El hueso poseía una ligereza sorprendente.

—La planta digirió incluso la médula —dijo.

—Déjeme ver —pidió el escocés.

Levantó la rodilla y partió la tibia contra su pierna. Enseñó los dos trozos del hueso.

Karel empezó a sudar de nuevo. ¡Estaba hueco por completo!

—En lo sucesivo —dijo el chileno—, tendremos que dormir bien apartados de los árboles.

—Pero aquí no podemos permanecer siempre —alegó Marks.

Las dos mujeres se habían recobrado en parte.

—Bueno, creo que sería conveniente emprender la marcha —sugirió Karel—. Nos guste o no, debiéramos caminar unidos lo

máximo posible.

—¿Y qué hay de comer y beber? —preguntó «La Gorda» con voz agria.

—Que cada uno se procure por sí mismo —contestó Pérez. Y, mirando a la mujer, se echó a reír—. «Gorda», si esto sigue así, dentro de poco te confundirán con tu hija.

—¡Vete al infierno! —contestó la celestina.

Karel dio media vuelta. Medora estaba a pocos pasos.

—¿Planta carnívora? —preguntó ella.

—Se supone. Pero ¿quién sabe si se trata de un animal desconocido que sólo actúa por las noches? La biología y la botánica venusianas prácticamente están todavía sin estudiar.

Medora paseó la vista por los alrededores.

—Y, sin embargo, la atmósfera es por completo respirable. ¿Por qué no se habrá intentado colonizar este planeta antes que Marte?

—Ya nos tienen a nosotros —declaró Karel con amargura—. Bueno, ¿qué le parece si echamos a andar?

Varias horas más tarde, se detuvieron para hacer alto. Todavía continuaban en el bosque. Estaban hambrientos y sedientos, sin haber hallado siquiera el menor rastro de comida o bebida.

Algunas de las mujeres sollozaban con desconsuelo. «La Gorda» les imprecó con aspereza.

Un hombre se acercó a ella. «La Gorda» le asestó una tremenda bofetada que lo derribó por tierra.

—¡Largo, sinvergüenza! —le apostrofó.

—Sólo quería ayudarlas a ustedes… —se excusó el individuo.

Era un tal Massini, menudo, de ojos ratoniles y nariz ganchuda.

—¡Fuera de aquí, canalla! ¡Maldito soplón, estamos aquí por tu culpa…!

Massini se retiró en silencio.

Continuaron la marcha una hora más tarde. Al atardecer, se hallaban aún en el interior del bosque.

—Hemos de buscar un claro donde podamos permanecer lejos de los tentáculos de las plantas carnívoras —opinó Karel.

—Es una buena idea —manifestó Medora.

De pronto sonó un grito agudo, estridente. Era una sola palabra, pero que llenó de esperanzas los pechos de aquellos miserables.

—¡Agua!

El pecho de Karel se dilató.

—Corramos, Medora.

Se lanzaron a la carrera hacia delante. A cincuenta metros, divisaron una corriente de agua que cruzaba mansamente un amplio espacio despejado del bosque. Algunos de los condenados estaban ya tendidos en su borde, probando con avidez el primer sorbo de agua en veinticuatro horas.

Karel y Medora llegaron justo cuando MacDonald se llevaba a los labios la mano derecha en forma de cuenco. El escocés probó el líquido y luego movió la cabeza con aprobación.

—No es tan buena como el *whisky*, pero sirve —dijo con acento satisfecho.

CAPÍTULO III



espués de saciar su sed, se celebró una especie de reunión. Karel, Medora, una de las mujeres llamada Juana, Pérez, MacDonald, un joven de aspecto tímido y con gafas, llamado Philip, y algún otro, formaron una especie de semicírculo, sentados en el suelo, a otro lado del arroyo.

—Creo que convendría que esta noche pernoctásemos aquí —sugirió el escocés—. Por supuesto, bien agrupados todos y lejos de los árboles. Ésas plantas carnívoras deben ser terribles.

—¡Qué suerte tienen! —exclamó el chileno—. Ellas pueden «comer» o saciar su hambre, en tanto que nosotros…

—Ése es otro problema que hemos de resolver —decidió Karel—. Si mañana, a mediodía, no hemos encontrado nada comestible, treparé a la cima de uno de estos árboles, a ver qué es lo que encuentro. Por la mañana, buscaré en el arroyo; quizás encuentre un guijarro alargado que pueda servirme de cuchillo.

—¿Volvemos a la Edad de Piedra? —se lamentó Juana.

Karel giró la cabeza para mirarla con sorpresa. La mujer, joven, de cabellos claros y bien formada, tenía un aspecto algo mejor que el de sus compañeras. ¿Quién podía saber las circunstancias que la habían llevado a tales extremos?

—De todas formas —intervino Medora con acento sosegado—, hay un problema que debiera ser el primero y que ni siquiera ha sido planteado.

—¿Cuál? —preguntó el escocés.

—¡El fuego!

—Lo primero que se necesitan son cerillas —exclamó Juana—. Y antes que cerillas, algunas ramas… o algo con qué cortar esas ramas.

—Cerillas tengo yo —dijo Philip, sorprendiendo a todos.

—¿Eh? ¿Cómo…? —se extrañó Karel, pues habían sido registrados a conciencia antes de salir de la nave y sólo les habían dejado las ropas puestas.

Philip sonrió con timidez.

—Se las quité a un vigilante al salir de la nave. No se dio cuenta —agregó, en tono de explicación.

MacDonald levantó la vista al cielo.

—Convendría reunir la leña cuanto antes, pero ¿cómo rayos la cortamos?

—Yo me encargaré de ello —dijo el voluminoso Pérez, poniéndose en pie.

—Voy contigo —exclamó Juana.

Un poco más allá, Karel divisó a cinco o seis hombres, reunidos en grupo, charlando muy animados y en voz baja. El aspecto de los sujetos le desagradó; todos ellos eran asesinos convictos, cuando no bandidos además; hombres, en general, sin escrúpulos, que habían hecho del crimen y del delito su profesión, hasta que el largo brazo de la justicia había cortado su nefanda carrera. Serían unos elementos peligrosos, a los cuales habría que estar vigilando sin descanso.

Philip decía:

—No quise sacar las cerillas anoche, porque estaba cerca de mí un tal Otkov… es un mal bicho y hubiera sido capaz de estrangularme si se hubiese enterado de que las tenía…

De pronto, uno de los componentes del grupo de asesinos, se

puso en pie y caminó hacia donde estaban ellos.

—Hola —dijo. Era un sujeto de cabellos muy claros, casi albino, y ojos que parecían no tener pupilas. Sonreía con gesto torvo—. Hemos estado discutiendo la conveniencia de nombrar un jefe, a quien todos obedeceremos.

—¿Y…? —dijo MacDonald hoscamente.

—¿Que os parece Otkov? Fue ingeniero nuclear diplomado…

—Si fuese biólogo o botánico, nos serviría mucho mejor; simplemente con que fuese agrónomo. Pero un ingeniero nuclear… —dijo. MacDonald en tono despectivo.

Bauer se sonrojó.

—Es el hombre que nos conviene.

—A vosotros —dijo Philip—. En lo que a nosotros se refiere…

El pie de Bauer se movió con rapidez y alcanzó a Philip bajo la mandíbula, derribándolo al suelo sin sentido.

—Creo que nos conviene a todos que Otkov sea el jefe —habló en tono que no ofrecía duda alguna.

Medora se puso en pie de un salto. Sus ojos llameaban.

—No se puede imponer a ningún jefe por la fuerza —exclamó, airada.

—¿De veras? Oye, guapa. —Bauer alargó la mano y la agarró por un brazo—, tienes que empezar a comprender que cuando nosotros decimos una cosa…

La mano de Medora se movió de pronto. Estaba cerrada y se hundió a fondo en el estómago de Bauer.

El sujeto se dobló agónicamente sobre sí mismo. Lo hizo justo a tiempo de que llegase Karel, quien acababa de incorporarse. Karel le asestó un puñetazo en la cabeza y lo derribó por tierra.

A pesar de todo, Bauer no había perdido el sentido. Lanzando mil imprecaciones, quiso levantarse de nuevo. MacDonald alzó la rodilla, se la estrelló en la nariz y lo arrojó de espaldas. Sangrando profusamente, Bauer lanzó un agudo chillido.

Karel se inclinó sobre él, le agarró por el cuello y lo izó a pulso.

—¡Largo, bergante! —exclamó, aplicándole la punta del pie al final de la espalda.

Bauer se retiró en seguida, lanzando mil maldiciones.

—El grupo de Otkov nos dará mil quebraderos de cabeza —rezongó Karel—. ¿Estás bien, Medora? —preguntó, tuteandola por

vez primera.

El rostro de la joven aparecía un poco encendido.

—Sí —contestó—. Ese tipo se equivocó conmigo.

Philip se sentó en el suelo, tanteándose la mandíbula.

MacDonald le entregó sus gafas, que el muchacho se puso en el acto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Bauer se ha ido con la música a otra parte —repuso Karel. Y de pronto exclamó—: ¡Mirad, ahí vienen los leñadores!

Pérez y Juana atravesaban el arroyo en aquellos momentos, portadores cada uno de sendos brazados de astillas, muy largas y finas. Karel salió a su encuentro y tomó la leña que traía la mujer, observando con gran asombro la ligereza de la madera.

—¿De dónde la habéis sacado?

—De cualquier árbol —respondió el chileno—. Basta hundir las uñas un poco en la corteza, para arrancar una larga tira con toda facilidad.

—Con tal de que ardan… —dijo Juana en tono dubitativo.

Algunos de los condenados se habían acercado al grupo al ver la leña. Pérez hizo unas cuantas astillas mucho más pequeñas y luego alargó la mano en dirección al joven, diciendo:

—Philip, las cerillas.

El muchacho se las entregó. Karel se preguntó qué delito podría haber cometido aquel joven, que parecía apenas salido de las faldas de su madre.

La llama prendió en una de las astillas, tímidamente al principio, con mayor intensidad después. Poco rato más tarde, una brillante hoguera disipaba la creciente penumbra del atardecer.

Otkov se acercó al grupo. Era un sujeto de cráneo afeitado, rasgos mongólicos y torva mirada, cuya mejilla izquierda aparecía cruzada por una larga cicatriz.

—Supongo —dijo— que al menos no os negaréis a darnos una astilla encendida.

—Pero ni un gramo de leña —contestó Pérez—. No somos tan canallas como para no permitiros encender fuego; ahora bien, si queréis leña, ahí hay árboles.

—Iremos en busca de madera —decidió Otkov. Y se marchó a reunirse con su grupo.

Las mujeres se habían reunido en torno a la hoguera. Karel se puso en pie.

—Convendría tener luz durante toda la noche. Pero con la madera de que disponemos es insuficiente. Iré a traer más.

—¿Te acompaño? —ofreció Medora.

—Bueno.

Vadearon el arroyo y se acercaron a un árbol colosal, cuyo tronco mediría al menos diez metros de circunferencia. En un cuarto de hora, habían arrancado una gran cantidad de tiras de su corteza, que amontonaron al pie del tronco. De pronto, Karel se dio cuenta que la madera recién arrancada exhalaba un tenue aunque agradable olor.

Tomó una astilla y se la acercó a la nariz.

—¿Qué pasa? —preguntó Medora, curiosa.

—Huele —dijo él.

La joven obedeció.

—Es un aroma muy agradable, en efecto.

—Entonces, veamos si el sabor…

Karel lamió un poco la madera, no sin cierta aprensión.

—Tiene un gusto azucarado que no es del todo desagradable. Al mismo tiempo, se nota también un punto de acidez, algo así como una ciruela no madura, por ejemplo.

—¿Será comestible? —preguntó Medora. Suspiró, haciendo resaltar las redondas curvas de su busto joven y macizo—. Estoy que me muero de hambre.

—Pues eso es fácil de arreglar…, si es que estas cortezas resultan comestibles.

Karl se llevó un trozo a la boca y mordió. La madera fue fácil de masticar.

—Oye, pues no está mal del todo —dijo, con la boca llena.

Medora partió un trozo con los dedos y empezó a comer. Movió la cabeza con aire reflexivo.

—Bien, da la sensación de ser un trozo de carne, algo fibrosa y hasta un poco dura, si quieres, pero el sabor no es malo del todo. Se puede masticar y… ¿Vamos a darles la noticia a los otros?

—Claro. Recojamos las astillas que hemos arrancado.

Volvieron al claro cuando ya era de noche cerrada. Las llamas bailaban alegremente, disipando la oscuridad en un amplio radio.

—Hay comida —dijo Karel, causando la natural sensación.

MacDonald probó un trozo de corteza.

—Está bueno —dijo al cabo. Y añadió—: Será conveniente comer con moderación; no se sabe qué efectos puede causar más tarde en el organismo.

—Yo habré comido cosa de cien o ciento cincuenta gramos —manifestó Medora.

—Entonces, te recomiendo que aguardes hasta la mañana. Si de aquí al amanecer no has notado nada extraño en el cuerpo, es que tu organismo tolera esta clase de alimento.

Vino Marks, que pertenecía al grupo de Otkov, y se llevó una astilla encendida. Poco más tarde, los seis hombres eran visibles en torno a la hoguera.

—Me preocupan esos tipos, francamente —dijo MacDonald.

—Permaneceremos vigilantes durante la noche —contestó Karel.

—Que se acerquen a mí —prometió el chileno— y verán qué cosa es tener todos los huesos del cuerpo rotos, sin un médico al alcance de la mano.

Después de un rato de charla y algo más confortados con los trozos de corteza que habían comido, se tendieron a dormir, dejando establecido un turno para atender la hoguera. La noche transcurrió sin incidentes de ninguna clase y, al llegar el nuevo día, Karel se preguntó si el resplandor de las llamas había tenido la virtud de ahuyentar a las temibles plantas carnívoras, ya que, a primera vista, no se observaba la falta de ninguno de los componentes del grupo de desterrados.

CAPÍTULO IV



ás Karel levantó la vista y contempló el enorme tronco cuya copa se perdía entre las nubes.

—Antes de proseguir nuestro camino —dijo—, sería conveniente echar un vistazo ahí arriba.

—Para mí es una labor inútil —dijo un sujeto llamado Durand —. ¿Qué diablos puede verse desde allá arriba, si la capa de nubes alcanza miles de metros de espesor?

Karel miró a los demás, como consultándoles con la vista.

—Si tienes intención de hacerlo —dijo el escocés—, hazlo.

Karel se ajustó el cinturón de sus pantalones.

—Bueno, espérame aquí. Si… si no vuelvo, ya caerán mis huesos.

El tronco era uno de los mayores que había visto hasta entonces. Su grosor excedía de los diez metros y todo él se hallaba rodeado por una especie de red inextricable de gruesas lianas y otras plantas parásitas. Sin más, alargó las manos, buscó un asidero y empezó a

trepar, en medio de la expectación de los presentes.

Se notó fuerte y descansado. Había dormido bastante la noche anterior, pero su estado era mucho mejor que el que debía esperar después de más de veinticuatro horas sin probar bocado. Se preguntó si aquellos pequeños trozos de corteza que había ingerido tenían alguna virtud especial reconfortante.

Trepar, ayudándose con las lianas, no resultaba peligroso ni una dificultad para un hombre como él, tan poco práctico en tales menesteres. En pocos minutos alcanzó la capa nubosa.

Antes de sumergirse en ella, se detuvo a tomar aliento. Miró hacia abajo; las figuras de sus compañeros de desdicha aparecían diminutas, vistas desde más de cuarenta metros de altura. Pudo darse cuenta también de que no había alcanzado siquiera la horquilla donde se bifurcaban las primeras ramas del «sequoia» venusiano, ni siquiera se divisaban todavía desde el punto en que se hallaba.

Repuesto un tanto, prosiguió la ascensión, sumergiéndose en la espesa capa de nubes. El ambiente allá arriba era mucho más húmedo y sofocante; en pocos momentos, se notó empapado de sudor de pies a cabeza.

Tardó un tiempo interminable en alcanzar las primeras ramas; calculó que, por lo menos, había ascendido otros cuarenta o cincuenta metros. Al encontrarse con una rama, cuyo grueso era del doble de su cuerpo, se sentó a descansar.

Luego continuó trepando. Las lianas eran ya menos numerosas, pero la abundancia de ramas facilitaba muchísimo su tarea. El árbol tenía unas hojas grandes, lanceoladas, de un metro de largo, por medio de ancho y dos o tres centímetros de espesor en su parte central; eran carnosas y blandas al tacto. Resultaba raro trepar por un vegetal tan parecido a un «sequoia» y encontrarse unas hojas de aspecto tan extraño.

El tronco tenía aún, pese a que estimaba se hallaba a más de ciento veinte metros sobre el suelo, un grueso de cuatro o cinco. Las ramas decrecían de grosor, pero ninguna de ellas era inferior, en diámetro, a su muslo. Cansado nuevamente, se sentó en una rama y miró en torno suyo.

La visibilidad cesaba a dos o tres metros. Más allá, todo era vapor, blanquecino, neblinoso, casi inmóvil. De vez en cuando, una

leve ráfaga de viento agitaba la espesa niebla, provocando pequeños claros que aumentaban el radio de visión a unos cuantos metros más.

De pronto le pareció que no estaba solo.

Notó la desagradable sensación de no ser el único ocupante del árbol. Miró a derecha e izquierda. De pronto, todo su cuerpo sufrió un estremecimiento de horror.

En una rama situada a cuatro metros, del grueso de su cintura, divisó al más extraño animal que hubiera soñado ver en su vida.

Parecía una oruga procesionaria, pero de un tamaño infinitamente mayor; tendría al menos dos metros de largo por cuarenta centímetros de grueso, y su cuerpo, de un color pardusco, oscuro, estaba cubierto por entero de largos vellos agudos, erectos, de color rojizo. El animal estaba parado en la rama, y sus grandes ojos, dos círculos brillantes, divididos en una infinidad de facetas, le contemplaban con fijeza. Los costados del gigantesco insecto latían acompasados, aunque con enorme lentitud; calculó que no debía hacer más de cuatro inspiraciones por minuto.

Del vientre del animal, que estaba pegado a la rama, salían una especie de patas flexibles, del grueso de un dedo pulgar, que iban a perderse más abajo en una liana que ascendía desde el suelo y se enroscaba en la rama. Las patas, tentáculos más bien, se enlazaban con distintos puntos de la liana. Karel se preguntó si el cerebro del animal influiría, de un modo que no se le alcanzaba en absoluto en aquellos instantes, en la liana, a fin de que ésta capturase las presas que el gigantesco insecto necesitaba para su alimento.

Se puso en pie otra vez y continuó la ascensión, dominando el espasmo de asco que le había causado la visión del repelente animal. Creyó que no terminaría nunca de subir; cuando llegó a un punto en que las ramas parecían moverse demasiado con su peso, se detuvo, estimando que debía de hallarse a doscientos metros al menos de distancia del suelo, altura suficiente para divisar un amplio panorama.

Miró en torno suyo, sin ver otra rosa que espeso vapor. De pronto, creyó oír unos gritos abajo, pero, aparte de la distancia, la niebla algodonosa amortiguaba y desfiguraba los ruidos. Otra cosa llamó su atención en el acto.

Un fuerte golpe de viento, súbito e inesperado, barrió la niebla

durante unos segundos. Por unos instantes, Karel pudo divisar el amarillento resplandor del sol en lo alto de un cielo cubierto de nubes. Pero si bien éstas no se habían despejado del todo en las alturas, a un nivel se produjo un ancho claro que le permitió tender la vista a gran distancia.

La claridad duró apenas un minuto, suficiente, sin embargo, para que Karel divisara muy a lo lejos una extensísima planicie, despejada y sin obstáculos, el brillo de lo que parecía ser una corriente de agua o acaso un lago de forma alargada, y la base de una cadena montañosa. El soplo de viento, que le obligó a agarrarse a una rama, duró poco y en seguida la niebla cubrió de nuevo cuanto le rodeaba.

Se felicitó por la idea que había tenido de trepar a la copa del árbol. Al menos, sabía que el bosque terminaba a cosa de tres o cuatro kilómetros de distancia. Cuando llegasen a la llanura, tomarían una resolución respecto al futuro.

Emprendió el descenso, evitando con gran cuidado a la oruga, cuya inmovilidad continuaba. Se preguntó si habría sido algún congénere el que había devorado a Ngomo de tan horrible manera. Como fuera, ya no podía hacer nada.

Momentos después, divisaba el suelo. Mientras descendía, vio una extraña agitación en el campamento.

Dos o tres cuerpos yacían en el suelo, una mujer entre ellos, Al verle, Pérez lanzó un poderoso grito que se extendió por el lugar, con resonancia.

—¡Karel, creíamos que no volverías!

Terminó el descenso. Uno de los cuerpos se movía aún. De pronto, sufrió un horrible estremecimiento y se quedó inmóvil.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

Medora se le acercó. Su rostro aparecía ensombrecido.

—La corteza que comimos anoche, según hemos podido deducir, es nutritiva y muy sana en pequeñas cantidades. Mac tenía razón; no se debe ingerir una cantidad superior a los ciento cincuenta gramos.

—¿Y...?

—Los que han muerto comieron más, sin tasa, según hemos podido averiguar. Una ingestión excesiva de esa corteza produce la muerte.

Karel volvió la vista hacia los caídos. Uno de ellos pertenecía al grupo de Otkov. Otro era un canadiense llamado Leducq. La mujer se había llamado Molly desconociendo su procedencia.

—Todos se atracaron anoche —dijo MacDonald con tétrico acento—. En vista de ello, hemos decidido esperar otras veinticuatro horas antes de volver a comer de esa corteza, sobre todo, teniendo en cuenta su alto poder nutritivo, cosa que hemos podido advertir todos. Los que comimos unos pequeños trozos nos sentimos como si hubiésemos ingerido una gran cena.

—Eso mismo he notado yo —contestó Karel en tono meditabundo—. Posiblemente, un exceso de corteza resulta bastante tóxico. Bien, lo tendremos en cuenta de aquí en adelante.

Habían sido unos treinta al desembarcar de la nave. Siete, de ellos una mujer, Elisa, se habían separado del grupo general y desconocían su suerte por completo. Cuatro habían muerto.

Quedaban diecinueve. ¿Cuánto tardarían en morir?

Abdullah, el ladrón, le sacó de sus amargas reflexiones.

—¿Has visto algo, Karel?

—Sí.

Dieciocho pares de ojos le contemplaron con súbito interés.

—A unos cuatro kilómetros de aquí se acaba el bosque. Hay una gran planicie y he visto también agua y montañas. La claridad ha durado poco, sin embargo, por lo que no puedo añadir más detalles. No obstante, creo poder asegurar que estaremos mejor en la llanura que en el bosque.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Philip.

—¿Y los muertos? —preguntó Juana, estremeciéndose.

—¿Con qué herramientas los vamos a enterrar? —Gruñó Otkov —. Bueno, en marcha… ¿Hacia dónde dijiste que está esa maldita llanura?

Karel tendió el brazo.

—En esa dirección —respondió.

Otkov y sus cuatro satélites emprendieron la marcha de inmediato. «La Gorda» les siguió, sudorosa y acechante, acompañada de Anuschka.

Karel se emparejó con MacDonald. Medora se les acercó a poco. Detrás de ellos, Pérez y Juana, entre quienes parecía haberse establecido una corriente de mutua simpatía, caminaban juntos.

Abdullah y Philip charlaban con cierta animación. El resto del grupo caminaba a renglón seguido.

Mientras andaban, les contó el extraño hallazgo de la oruga gigante, así como las particularidades que había advertido en ella. MacDonald escuchó en silencio y, al terminar, dijo:

—Es posible que aquellos tentáculos le sirvan para chupar el jugo de las lianas.

—Parásito en parásito —opinó Medora.

—Posiblemente —convino el escocés lo cual no excluye la posibilidad de que también le guste la carne humana.

El calor aumentaba a medida que avanzaba el día. Por fortuna, el suelo del bosque era llano y carecía de la espesa vegetación inferior que solía abundar en otros parajes, lo cual facilitaba mucho la locomoción, ya que el espacio entre árbol y árbol era, cuando menos, de doce o quince metros.

Dos horas más tarde de haber emprendido la marcha, sonó un fuerte grito en la cabeza de la columna.

—¿Qué es eso? —preguntó Medora.

El grito se repitió.

—Parece el grupo de Otkov —dijo MacDonald.

Medora quiso lanzarse hacia delante. Karel alargó la mano y agarró su brazo.

—Cuidado. Estamos en un terreno donde la precipitación puede ser fatal. Vayamos despacio.

Medora asintió en silencio. El consejo de Karel era bueno.

Siguieron su camino. Poco después, alcanzaban al grupo de Otkov. «La Gorda» y Anuschka estaban a un lado, temblando como hojas secas.

Karel se detuvo un instante. Luego, avanzando despacio, se acercó a Otkov y sus hombres. Miró por encima de ellos.

Los cuerpos de los siete disidentes yacían en el suelo, a pocos pasos de la linde del bosque. Al ver el horrible aspecto que presentaban, Karel sintió que se le revolvía el estómago.

CAPÍTULO V


u tamaño se había reducido a menos de la mitad. Karel no comprendía cómo había podido producirse aquel extraño fenómeno, pero no cabía la menor duda; se trataba de los siete disidentes, en cuyos rostros se advertía una suprema mueca de horror.

En apariencia, los cuerpos, salvo la reducción de tamaño, estaban intactos, sin que pudiera verse el menor signo indicador de las causas de su muerte. Sólo el horror petrificado en sus rostros indicaba el espanto padecido en los momentos precedentes a la agonía.

Marks dejó escapar un rotundo juramento.

—¿Por qué no permití que me enviasen a la cámara desintegrante? —barbotó, colérico y exasperado.

Medora llegó y exhaló un gemido de espanto. Pese su habitual sangre fría, el espectáculo era demasiado horrible para no sentir miedo.

—¿De qué han muerto? —preguntó el escocés.
—¿Y qué diablos sé yo? —Gruñó Otkov—. Estaban aquí, eso es todo.
Dominando sus aprensiones, Karel se puso de rodillas junto a uno de los cuerpos. Alargó la mano y tocó la piel del cadáver.
En seguida ocurrió algo horrible. La epidermis se resquebrajó, partiéndose en mil fragmentos, como si hubiese sido un objeto de cerámica lanzado con fuerza contra el suelo. Espeluznado, Karel vio deshacerse el cadáver, en cuyo interior no había nada, absolutamente, ni siquiera los huesos. El cráneo, el torso, los miembros… todo se dividió en multitud de trozos diminutos, no mayores que la uña del dedo pulgar, con un ruido, escaso de volumen, pero aterrador por sus notas.
Se puso en pie de un salto.
—¿Qué extraños seres pueblan este maldito planeta? —masculló.
—Por algo nadie quiere venir a Venus a establecerse como colono —dijo MacDonald—. Aquí sólo envían el desecho de la sociedad humana, es decir, tipos como nosotros. No nos matan ellos, con lo cual satisfacen sus farisaicos sentimientos, pero la suerte que nos aguarda aquí es mil veces más horrible.
—No se ven huellas de animales extraños —observó Medora, ya rehecha.
—Lo mismo da. Tanto en un caso como otro, su muerte no tuvo nada de agradable —contestó Karel.
—Bien —refunfuñó Otkov—, aquí ya no tenemos nada que hacer. Debiéramos…
Un ruido inesperado le interrumpió de pronto.
Los murmullos cesaron en el acto. El ruido, que parecía provenir de muy lejos, se acentuó.
—¿Qué es eso? —chilló Anuschka.
—Cállate, perra —le apostrofó Bauer.
Era como un rugido que crecía en violencia por segundos. De súbito, Massini, el retorcido, lanzó un grito a la vez que tendía su mano hacia delante.
El cielo se había despejado casi por completo. Muy a lo lejos, se divisaba una extraña nube un poco azulada, transparente por completo, pese a lo cual, se podían seguir sus movimientos con toda

facilidad, gracias a la deformación visual que sufrían los objetos contemplados a través de la misma.

La nube subía y bajaba alternativamente, a la vez que aumentaba de tamaño con gran rapidez. De cuando en cuando, tocaba el suelo y entonces se levantaba una gran polvareda, que no tardaba en disiparse. Del interior de la nube partía el extraño ruido, que más parecía el de una fuerte corriente de viento al pasar por un espacio angosto a gran velocidad.

—Parece un tornado venusino —observó MacDonald.

—Y viene rectamente hacia aquí —exclamó Philip.

La nube estaba ya a unos dos kilómetros de distancia y se aproximaba con rapidez.

—No podemos evitarla —dijo Karel—. Busquemos refugio entre los árboles, pronto.

Dio media vuelta y echó a correr. Los demás se dispersaron también. «La Gorda» cayó, pero nadie le hizo el menor caso, ocupados cada uno en su propia salvación.

—¡Echadme una mano, condenados! —bramó la mujer.

Karel alcanzó un árbol tan grande como el que le había servido para su exploración. Divisó a Medora a pocos pasos y la llamó con la mano.

—Agárrate fuerte a las lianas —recomendó.

—¿Adónde vas? —quiso saber ella.

«La Gorda» continuaba en el suelo.

—¡Me he torcido un tobillo! —aulló, lívida de miedo.

Karel dio cuatro pasos en dirección a la mujer. De pronto, un fuerte golpe de viento le golpeó en pleno pecho, haciéndole tambalearse.

El rugido llenó sus oídos.

—¡Karel, ven! —chilló Philip.

El joven quiso dar dos pasos, pero fue lo mismo que avanzar contra una pared de mampostería. La presión del viento era irresistible.

Debía resignarse a abandonar a «La Gorda» a su suerte. Saltó a un lado y se refugió tras el árbol, justo en el instante en que el tornado se abatía con furia devastadora sobre aquel lugar.

El tronco se estremeció fuertemente, pese a su colosal espesor. Agarrado con ambas manos a una liana tan gruesa como su brazo,

se esforzó por resistir la terrible potencia del torbellino.

Por encima del bramido del viento, oyó los espantosos gritos de la infeliz mujer. Asomó la cabeza un instante fuera del parapeto natural que era el árbol y lo que vio le hizo sentirse horripilado.

«La Gorda» era una mujer que tenía bien merecido el apodo; su peso no bajaría de los noventa kilos. Sin embargo, la fuerza del tornado era tal, que fue levantada en el aire como si fuera una pluma.

Chillaba horriblemente y se debatía como una mosca en la red de la araña. Pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

El aire arrancó sus ropas, arrastrándolas muy lejos. La desdichada mujer, girando como una peonza, alcanzó una altura tan enorme, que casi llegó a perderse de vista.

El viento rugía ensordecedor. Asidos al árbol, pegados al tronco, con los ojos cerrados, soportaron estoicamente las arremetidas del colosal tornado que, de haberles sorprendido en lugar más despejado, habría acabado de golpe con todos ellos.

Y, de pronto, de una forma tan brusca como había empezado, se hizo el silencio. La presión y la agitación del viento cesaron. Se hizo un denso silencio interrumpido de pronto por un ruido estremecedor.

Un cuerpo humano se estrelló contra el suelo con tremendo impacto. La sangre de la infeliz mujer saltó a gran distancia, cuando su cráneo se destrozó al chocar contra la tierra. Detenido de súbito el remolino, le había fallado la insólita sustentación y se había venido abajo desde más de cincuenta metros de altura.

Un extraño y opresivo silencio invadió el ambiente. La quietud, en contraste con la terrible agitación de unos segundos antes, era enorme.

Alguien abandonó su refugio y se acercó al cuerpo destrozado de «La Gorda» para contemplarlo, movido por una morbosa curiosidad. De pronto, Medora lanzó un fuerte grito:

—¡Apártate de ahí! ¡Busca refugio de nuevo! ¡Estamos en el vértice del tornado!

Las palabras de la joven iluminaron a Karel acerca del tremendo silencio que reinaba, así como de la extraña opresión que sentía. De pronto, el ruido empezó a oírse de nuevo.

El curioso quiso dar media vuelta y ganar otra vez su refugio. La

reanudación del tornado fue tan repentina, que no tuvo tiempo. En cuestión de segundos, el viento adquirió una velocidad de más de doscientos kilómetros por hora.

Tan súbita fue la acometida del viento, que el desdichado curioso no tuvo ocasión de escapar. Pero en lugar de ser levantado a las alturas, fue proyectado con fuerza irresistible contra un árbol. El grito de espanto proferido fue acallado por un horrible chasquido, el de su cráneo al quebrarse contra el tronco. Cayó al suelo y rodó varias veces, antes de quedar inmóvil en una zona menos batida por el huracán.

Éste cesó minutos después. Algunas ramas desgajadas cayeren de las alturas. Poco a poco, se alejó el bramido del tornado, deshecho al entrar en la zona boscosa.

Un agobiante silencio cayó sobre aquel lugar durante algunos momentos. Sólo fue hasta casi un minuto después cuando Karel se dio cuenta de que tenía las uñas incrustadas en la liana que le había servido de asidero.

Miró a Medora. La joven estaba muy pálida. Parte de su falda había desaparecido, así como la manga izquierda de su blusa, con lo que el hombro quedaba por completo al descubierto. Karel advirtió entonces que también a él le habían sido arrancados trozos de su indumentaria por la tremenda fuerza del viento que había desencadenado el huracán.

Poco a poco, uno tras otro, los desterrados empezaron a salir de sus refugios. Anuschka se dejó caer de rodillas en torno al irreconocible cuerpo de «La Gorda» y prorrumpió en amarguísimos sollozos.

MacDonald meneó la cabeza.

—Cada vez vamos quedando menos. Ya sólo somos diecisiete de los treinta que desembarcamos.

—¿Cuántos quedaremos al final? —preguntó Abdullah en tono fúnebre.

—¡Ninguno! —explotó Juana—. ¿Por qué demonios te crees que nos enviaron a este infernal planeta?

—Será mejor que conservemos la calma —terció Karel—. Perder les nervios sólo puede precipitar nuestra ruina. Aún tenemos ciertas posibilidades de salvarnos.

—¿Dónde? ¿Cómo? —preguntó Otkov, exasperado—. Tarde o

temprano, acabaremos por sucumbir todos.

—El jefe de los guardias recomendó caminar hacia el este.

—Lo mismo da —farfulló el asesino—. Hacia cualquier parte que vayamos, sólo encontraremos muerte y desolación.

—Entonces —dijo Karel intencionadamente—, ¿hemos de quedarnos aquí, cruzados de brazos?

Otkov se encogió de hombros. Luego dio media vuelta y se reunió con su grupo de adictos, uno de los cuales había sido el sujeto muerto, aplastado contra el árbol.

—Creo que tienes razón. —Dijo Medora—. Algo debía saber el jefe de los guardias cuando nos recomendó caminar hacia el este.

—Por eso debemos emprender la marcha cuanto antes. Quedamos aquí para lamentarnos, no resolverá en nada nuestra situación, ¿no te parece, Mac?

El escocés asintió pensativamente.

—Tienes razón, Karel. Pero ¡sin *whisky*…! —dijo en tono lastimoso.

CAPÍTULO VI


unque el sol continuaba bajo las nubes, a pesar de que éstas se hallaban a mayor altura que en el bosque, el calor resultaba insoportable.

Los diecisiete supervivientes caminaban despacio, formando grupos irregulares solos. El hambre y la sed empezaban ya a causar estragos entre ellos.

El terreno era árido, desértico. Pese a que el espacio despejado era mayor, la nubosidad impedía ver los objetos situados a más de quinientos metros de distancia. Atravesaban un país de desolación, sin una sola planta, sin un matojo, sólo lleno de piedras grisáceas y arena oscura, cruzado de cuando en cuando por alguna profunda grieta, de muros verticales, que se perdía en ambos sentidos, sin que pudiera distinguirse su principio y su final.

De pronto, una de las mujeres se dejó caer al suelo. —¡No puedo más!— exclamó.

Philip, el tímido, regresó sobre sus pasos y se arrodilló al lado de

la joven.

—Vamos, Anuschka, un poco de ánimo.

Pasó sus manos por bajo de las transpiradas axilas de la desdichada y la ayudó a incorporarse.

—Agárrate a mi brazo —aconsejó.

Los dos jóvenes reanudaron el camino. Arrastraban los pies, lo mismo que quienes les precedían.

—Me pregunto —murmuró. Karel, acometido de cansancio infinito—, si el agua que vi desde lo alto del árbol no fue más que un espejismo.

Medora hizo un gesto con la cabeza.

—No había motivos para percibir ese fenómeno objetó.

—Ten en cuenta que estamos en Venus, no en la Tierra. Aquí, lo anormal es precisamente lo normal, valga la paradoja.

—Sí, ya lo sé, pero…

Llegó la noche, sin que hubiesen encontrado el agua. Exhaustos, hambrientos, llenos de sed, se dejaron caer en el suelo.

Pese al cansancio que sentía, Karel tardó bastante en dormirse. Estuvo mucho rato con los ojos abiertos, como esforzándose por taladrar con la vista la espesa capa de nubes que flotaba sobre su cabeza. ¡Qué cambio tan notable de situación el suyo!

Ayer, como quien decía, era un ciudadano marciano respetable y respetado, un hombre que estaba en camino de crearse una de las mejores posiciones en el cuarto planeta, un sujeto del cual se decía que un día llegaría a ser Presidente del Gobierno Interdependiente (con el de la Tierra y los demás planetas del sistema solar), un hombre con las mejores relaciones, prometido a la marciana más hermosa y adinerada…

Y había bastado un tropezón, un escollo acaso puesto en su rutilante camino por algún competidor celoso de su creciente poder y prestigio, para que se hubiese visto lanzado a los abismos más profundos. Allí estaba él, el ex aspirante a Presidente, en compañía de una serie de ladrones, asesinos, tahúres, estafadores y rameras, el desecho y la escoria de la sociedad marciana.

Las leyes de Marte eran severísimas. Se pretendía que sus habitantes no alcanzasen jamás el grado de depravación a que en los últimos tiempos se había llegado en la Tierra. El menor delito era castigado con la expulsión fulminante del planeta y, si este

delito alcanzaba cierta importancia, sobrevenía, inapelable, el destierro a Venus. Las condenas a muerte eran asimismo frecuentes, pero, salvo raras excepciones, todas ellas conmutadas por el exilio al segundo y maldito planeta.

Nadie sabía los terribles peligros que acechaban en Venus. Nadie había vuelto para contarlo. El destierro, en apariencia, ofrecía una posibilidad de vivir, pero no se conocía a ningún superviviente. La colonización estaba cerrada.

El sueño empezó a vencerle. Se preguntó cómo una mujer como Medora Ferner, tan distinta de las otras prójimas, había ido a parar allí. Medora no parecía una ramera; claro que el aspecto tampoco tenía gran importancia; estaba acostumbrado a juzgar a las personas por sus actos, no por su presencia personal.

De todas formas…

Se durmió, antes de poder continuar con sus melancólicos pensamientos.

* * *

Un grito estentóreo le despertó de pronto.

—¡Ahí está el agua!

Se sentó en el suelo, sintiéndose envarado y dolorido por la postura adoptada durante el sueño. Se frotó los ojos y miró hacia delante.

La atmósfera se había aclarado muchísimo, de la forma inexplicable que lo había hecho cuando observaba desde lo alto del árbol. A unos dos mil metros de distancia, pudo divisar un espejeante lago, cuyas dimensiones no podían ser advertidas del todo, debido a las nubes bajas.

—¡El agua, el agua! —Era el grito general que partía de todos los labios.

Se puso en pie. Medora, a su lado, le miró, dirigiéndole una cálida sonrisa.

—Bien, por lo menos, hoy no moriremos de sed —comentó ella en su tono reposado.

—Vamos, quizá también podamos tomar un baño refrescante.

—Es una cosa que todos necesitamos mucho —convino Medora.

Emprendieron la marcha con rápido paso. Diez minutos más

tarde, algunos de los que iban en cabeza, más impacientes o acaso menos capaces de dominar sus impulsos, se adelantaron y echaron a correr.

El lago estaba cada vez más cerca. A medida que ganaban terreno, sus dimensiones se hacían mayores, ya que crecía el campo de visión. Pese a todo, era imposible divisar aún sus extremos laterales, así como la orilla del lado opuesto.

De repente resonó un grito agudísimo.

Fue un alarido de dolor y de terror, el aullido de un ser humano en trance de muerte, el grito feroz de una persona bajo un peligro terrible y espeluznante.

Karel alargó su paso. Medora se situó en seguida a su altura.

Alguien salió a su encuentro, moviendo los brazos con frenesí.

—¡No sigáis! ¡Continuar adelante es la muerte! —gritó Abdullah, el ladrón.

Los gritos eran cada vez más horribles. Karel avanzó un par de pasos, no obstante las recomendaciones de Abdullah, sintiendo que los pies se le hundían en un terreno blando y esponjoso.

El lago estaba a menos de cincuenta metros. A la mitad de dicha distancia, un hombre, un tal Lyndon, perteneciente al grupo de Otkov, permanecía erguido, con las piernas sumergidas en el suelo hasta la pantorrilla, debatiéndose desesperadamente, mientras emitía unos alaridos capaces de romper los tímpanos.

Parecía que estuviese cogido en un cepo.

De pronto, unos seres diminutos, semejantes a gusanos o sanguijuelas, del tamaño de un dedo meñique, empezaron a subir por sus piernas. Era una verdadera bandada de minúsculas fieras de un repelente color rojo-marrón, que se agitaban sin descanso.

Algunos de ellos se introdujeron rápidamente en las carnes del desdichado, taladrando piel y músculos con toda facilidad. La mayoría, sin embargo, continuó su ascensión.

Karel creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas. ¡Lyndon estaba siendo devorado vivo!

Los animalillos continuaron su ascenso. La boca de Lyndon se abría y cerraba espasmódicamente. De pronto, cuatro o cinco bichitos se metieron por ella, transformando sus alaridos en una serie de gorgoteos que no tenían nada de humano. Dos penetraron por sus fosas nasales, de las cuales empezó a brotar la sangre en el

acto.

Apenas se oían ya los gritos del desdichado. Las voraces sanguijuelas, si tal podía llamárseles, se movían con rapidez vertiginosa. De pronto, las que habían entrado por la boca empezaron a salir por la garganta y el pecho, después de haber perforado pequeños túneles en el organismo de Lyndon.

Los movimientos del desterrado se hacían cada vez más débiles. Del suelo esponjoso continuaban brotando animalillos, en una infernal sucesión que no parecía tener fin. Entraban y salían rapidísimamente por el cuerpo del desdichado, cuyos movimientos cesaron a poco, sin que, por ello, dejara de mantenerse en pie. La sangre le corría por todo su cuerpo, perforado por infinidad de orificios, ninguno de ellos mayor que el de un proyectil de pequeño calibre.

En una cuarto de hora, el cuerpo entero de Lyndon desapareció, devorado por aquellas diminutas bestias, las cuales, al faltarles el alimento, descendieron en seguida para esconderse en sus guaridas subterráneas. El esqueleto del desterrado quedó allí en pie, erguido, como muda indicación de peligro para todo aquel que intentase atravesar la franja mortal de terreno blando y esponjoso que había antes del lago.

Un espantoso silencio cayó sobre los dieciséis supervivientes. Era el tercer día de su estancia en Venus y ya habían perecido casi la mitad. Siguiendo la proporción, al finalizar la semana, habrían muerto todos.

Por primera vez, Medora dio señales de desfallecimiento. Se dejó caer al suelo, apoyándose con una mano, mientras que con la otra se cubría los ojos. Su busto subía y bajaba con fuerza.

Karel la miró y sintió deseos de consolarla, pero se contuvo. Sabía que Medora era una mujer fuerte, a la que acaso hubiese desagradado una ayuda semejante. Tampoco él se sentía muy bien. Y no era el único.

Otkov y sus amigos se habían retirado a un lado, abatidos y deshechos moralmente por la espantosa suerte que había corrido su compinche. Lanzando un gran suspiro, MacDonald se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas a la usanza oriental.

—Ni agua ni *whisky* comentó en tono lúgubre, sin dejar de mirar el lago, a cincuenta pasos de distancia.

Pérez sostenía por un brazo a Juana, quien parecía a punto de desmayarse en cualquier momento. Philip atendía a Anuschka, cuyo aspecto no era mucho mejor.

Karel se puso de rodillas y luego se sentó sobre los talones. Como la mayoría, tenía los ojos fijos en la tersa superficie del lago.

—¿No vamos a encontrar un medio de franquear este obstáculo? —murmuró a media voz.

Alguien cogió una piedra y la arrojó a lo lejos. La piedra se hundió lentamente en aquel singular fango, en medio de un horripilante burbujeo que ponía espanto en el ánimo.

Medora inspiró con fuerza.

—Sea como sea, no podemos permanecer quietos por tiempo indefinido. Hemos de seguir.

—Sí, pero ¿hacia dónde? —quiso saber el chileno.

La joven calló, a la vez que volvía los ojos hacia Karel, como formulándole una muda pregunta. Karel se encogió de hombros.

—¿Y qué más da? —dijo, desalentado—. Tenemos que rodear el lago, es lo único que puedo decir. Sé que al otro lado hay una cadena de montañas, aunque no puedo calcular la distancia en modo alguno. Quizá allí encontremos un agua más fácil de alcanzar que aquí.

Philip se humedeció los labios con la lengua.

—¡Y pensar que si no fuese por esas malditas sanguijuelas, hasta podríamos darnos un baño! —se lamentó.

De pronto, Otkov se acercó a ellos.

—Nosotros nos vamos —dijo en tono brusco.

—La división de fuerzas, en el estado actual, resulta inconveniente —opinó el escocés.

—Deja que seamos nosotros quienes decidamos. Marks, Bauer y Harlan se vienen conmigo.

—¿Puedo acompañaros? —suplicó Massini de repente.

Los ojos de Otkov se posaron en el ratonil rostro del sujeto.

—A tu gusto, pero luego no te quejes. En caso de peligro inminente, cada cual debe mirar por sí mismo.

—De acuerdo, de acuerdo —aceptó Massini.

Los cinco hombres se alejaron en seguida.

—Quedamos once —murmuró Karel—. No sé qué pensarán los demás, pero yo estoy en un todo de acuerdo con MacDonald. Si

alguno siente la necesidad de expresar alguna idea o alguna objeción, que lo diga con toda franqueza. Nuestra situación es difícil, por no decir desastrosa. Convendría, pues, que estudiásemos con atención las medidas a adoptar para salir adelante.

—Yo creo —dijo Abdullah—, que podríamos caminar hacia el otro lado. Acaso esta zona fangosa, infestada de sanguijuelas, no rodea el lago por completo.

—El lago parece bastante grande, en efecto —dijo Philip—. No creo que todo él esté defendido de tan salvaje manera.

—Pero —exclamó Pérez—, supongamos que conseguimos beber agua. ¿Qué haremos después? Sin ánimo de molestar los estómagos, me permito recordar, a todos que hace más de veinticuatro horas que no hemos probado bocado.

Hubo una pausa de intenso silencio.

De pronto, Karel se puso en pie y exclamó:

—Beber agua es lo más importante ahora. ¡Vamos a ver si lo conseguimos!

CAPÍTULO VII



uatro horas más tarde, Karel Vine calculó que habrían caminado doce o catorce kilómetros, sin que el aspecto del terreno hubiese cambiado en absoluto. Cansados, exhaustos, perdido el ánimo, los desterrados se dejaron caer por el suelo, en distintas posturas, sumidos todos ellos en un lúgubre silencio.

Karel se paseó la lengua por los labios resecos. Tenía sed, aunque todavía podía soportarla. Dos días más tarde, el sufrimiento se haría insoportable. El cuerpo humano no resistiría aquella tortura.

El lago parecía una lámina gris de plata, quieto, salvo por pequeñas ondulaciones que apenas alteraban la tersura de su superficie. El calor resultaba sofocante.

—¿No se te ocurre ninguna idea, Karel? —preguntó el escoces de pronto.

Medora le miró con avidez. También las penalidades empezaban

a reflejarse en su rostro, que había adquirido un principio de demacración que afilaba un tanto sus facciones.

Karel meneó la cabeza. Se inclinó al suelo y tomó una piedra plana, que arrojó a unos doce o quince metros de distancia.

La piedra cayó con sordo «¡chap!», quedando semisumergida en el suelo fangoso. Únicamente asomaba su lisa superficie, pero en torno a ella se produjo la inevitable agitación que ya habían observado en anteriores ocasiones.

—Los animales continúan —manifestó.

De nuevo volvió el silencio. De pronto, Karel sintió que unos dedos se crispaban sobre su brazo.

Volvió la cabeza. Los ojos de Medora centelleaban, al mismo tiempo que su pecho, agitado por la rápida respiración, producto de una violenta agitación interior, ascendía y descendía con pronunciados movimientos de vaivén.

—Karel, ¿te has dado cuenta de lo que acabas de hacer? —exclamó la joven.

—Pues… he tirado una piedra, eso es todo —contestó él, con acento dubitativo.

—Espera —dijo Medora.

Miró a su alrededor con ansiedad. De pronto, corrió unos pasos, se agachó para recoger una gran piedra, gruesa de unos doce o quince centímetros y de casi medio metro de anchura.

Medora era fuerte. Tomó impulso y lanzó la piedra a siete u ocho pasos de distancia.

La piedra cayó sobre el suelo esponjoso con seco chasquido. Se hundió un poco, pero más de tres centímetros quedaron fuera de la superficie.

—¿Te das cuenta de lo que quiero decirte? —exclamó, con los ojos muy brillantes.

—¡Claro que sí! —respondió él, haciendo chasquear sus dedos—. ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos, que no hemos sabido verlo antes? ¡Éste es el primer puente que construyó el hombre, aun antes de que aprendiera a derribar los árboles, para colocarlos cruzados sobre la corriente de agua que quería atravesar!

—¡Por todo el *whisky* que se fabrica en Edimburgo! —juró Mac Donald—. ¿Y nosotros somos hombres del siglo XXII? ¡Compañeros, a buscar piedras todo el mundo, rápido!

Pese al cansancio que sentían, una febril actividad se apoderó de los once componentes del grupo. Incluso Juana y Anuschka, sacando fuerzas de flaqueza, buscaban piedras planas por todas partes. Karel era uno de los más activos y diligentes y, sin dejar también de traer piedras, dirigía los trabajos.

Costó dos horas largas, pero, al fin, tuvieron un sendero de casi un metro de anchura, a todo lo largo de la faja de terreno esponjoso. El sendero de piedras era seguro y soportaba bien el peso de una persona, aunque, para mayor precaución, se decidió que sólo uno bebería por turno. Entonces se suscitó la discusión de quién sería el primero.

—Yo cedería la vez a las damas —dijo Mac Donald—, pero estamos en un mundo en el que todas las precauciones son pocas. ¿Y si el agua del lago es salada?

—¡Aguafiestas! —le apostrofó Praes, el brasileño.

—Bueno —dijo Medora—, alguien tiene que ser el primero en beber. En lo que a mí concierne, rechazo de plano todo privilegio…

—Creo que estamos discutiendo como idiotas —rezongó Abdullah.

Y de pronto, antes de que nadie pudiera detenerle, echó a correr.

El ladrón se arrodilló a orillas del lago y se mojó el rostro primeramente. Luego, juntando las dos manos, hizo hueco y se las llevó a la boca.

Los diez restantes esperaban con enorme expectación. De pronto, Abdullah se volvió y lanzó un agudo grito:

—¡Es potable!

* * *

Ahora sentían hambre.

Sin embargo, era un padecimiento más soportable, comparado con la sed. Haber bebido agua sin limitación y, lo que era mejor, poder hacerlo en cualquier momento, les había devuelto buena parte de las fuerzas perdidas.

Todos dormían después de un día tan agitado. Karel, no obstante, permanecía aún despierto.

Oyó un roce a su lado. Se sentó en el suelo.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja, para no despertar a los

durmientes.

—Medora Ferner.

—Ah, hola. Estoy aquí.

La joven se le acercó, guiándose por el sonido de su voz, ya que resultaba imposible ver nada en aquellas espesas tinieblas.

—¿Cómo te sientes, Karel? —preguntó ella.

—Bien. Gracias, sobre todo, a tu magnífica idea.

—Tú me la inspiraste al lanzar aquella piedra. Compartamos la gloria a medias.

—Y el hambre también —dijo él, en tono alegre.

—Siempre es más soportable que la sed.

Karel se dio cuenta de que ella trataba de decirle algo. Sin embargo, no quiso formularle la menor pregunta. Estimaba que la iniciativa debía partir de Medora.

La joven volvió a hablar al cabo de unos momentos. Su voz era ahora más baja y cautelosa.

—Karel, en confianza, ¿según tu opinión, cuáles son las probabilidades que tenemos de sobrevivir en este mundo hostil?

—Es una pregunta muy difícil de responder, Medora. La falta de mapas y datos sobre Venus ha hecho que la geografía de este planeta, así como sus demás condiciones ecológicas, de vida, quiero decir, sean casi por completo desconocidas aun para los científicos, cuando más para el común de las gentes, a cuyo grupo pertenecemos nosotros. Hablando con absoluta franqueza, no tengo la menor idea de lo que nos vamos a encontrar mañana… ni siquiera si estaremos vivos cuando haya pasado la noche.

Medora asintió, sumamente pensativa.

—Es terrible que en estos tiempos haya de castigarse a la gente por delitos que, a veces, sólo merecerían algunos años de cárcel, con una pena tan horrible —comentó.

—Quizá sea necesario, visto desde el puesto del legislador.

—¿Necesario, para quién? —exclamó con amargara—. ¿Para los que a toda costa pretenden mantener a Marte inmaculadamente limpio?

—No sé —dijo él, desalentado—. Jamás, cuando me ofrecieron aquel puesto en Capital Marte, hace diez años, se me ocurrió pensar que un día podía ser yo el protagonista de una de esas horribles historias que relataban de los sentenciados a destierro en Venus. Me

parecían fábulas absurdas, narraciones llenas de fantasía…, pero ahora veo que, cuanto escuché, no es ni la décima parte de la realidad.

—Sin embargo, has sabido defenderte muy bien —observó ella.

—Me gustaba el ejercicio físico. Hacía mucho deporte, precisamente por la sedentariedad de mi profesión.

—Tú eres Karel Vine, el director ejecutivo de la Intersolar de Desarrollo Comercial e Industrial, ¿no es eso?

—En efecto —admitió él—. ¿Me conocías?

Una risa amarga se escapó de los temblorosos labios de Medora.

—Es curioso —dijo—. Hubo un tiempo en que pensé buscarte para darte muerte.

Karel respingó. Las palabras de la joven le llenaban de asombro.

—¿Por qué? —preguntó—. Jamás te había visto hasta ahora, Medora.

—Mi marido se suicidó. Fue uno de los más afectados por la quiebra de la Intersolar.

—Lo siento —declaró él en tono sincero—. Si me permitieras explicarme, tal vez…

—Ahora, ya, ¿para qué? Sería inútil y, por otra parte, lo que yo no ejecuté, tal vez lo consiga el juez que te condenó.

Karel apretó los labios.

—Aunque te parezca extraño, tengo la conciencia muy tranquila, Medora —dijo—. Cargué con todo el peso de la culpabilidad.

—¿Crees que eso me importa? Mi esposo murió y… —La voz de la joven se quebró de pronto—. Nunca fui guapa —dijo incongruentemente—. Soy una mujer grandullona, con el tipo de un caballo percherón y con manos como palas, pero mi esposo me quería y murió por tu culpa.

—Discrepo de tu opinión —respondió Karel en tono firme—. Si tu marido te hubiese amado, nunca habría cometido semejante disparate. La muerte no es ninguna solución aceptable.

—Tú no estabas en su sitio…

—Ni él en el mío —le atajó él con rudeza Y no se me ocurrió ni por pienso levantarme la tapa de los sesos. Insisto en lo que te he dicho hace unos instantes…

—Será mejor que dejemos esta conversación, Karel.

La mano del joven se disparó de pronto y agarró el brazo de

Medora. De haber habido luz, ella hubiese podido contemplar la expresión de su severo y, enjuto rostro.

—Muy bien —dijo—, admitamos mi culpabilidad. Pero ¿y tú? ¿Por qué estás aquí? Dices que amabas a tu esposo… ¿y tan mal te rodaron después las cosas que tuviste que acabar colocándote en las esquinas, por las noches, para buscar a los hombres?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Medora dijo:

—Buenas noches, Karel. —Y se alejó sin más.

Al quedarse solo, Karel se dijo si no habría sido injusto con la joven. La noticia de que había estado casada, y precisamente con uno de los afectados por la quiebra de la Intersolar, le había sorprendido muchísimo en los primeros momentos. Luego la había insultado, pronunciando aquellas frases referentes a su supuesta profesión… el vergonzoso oficio por el cual había sido condenada al destierro en Venus.

Pero ella no parecía una mujer de esa clase. Ciertamente, hilando un poco delgado no era una mujer hermosa, en el estricto sentido de la palabra, pero no la mujer fea y de figura de caballo de percherón que ella misma se había autocalificado. Sus palabras, sus reposados ademanes, su forma de actuar y de moverse, serena y circunspecta en casi todas las circunstancias, sin dejarse arrastrar por nocivos histerismos, delataban en Medora a la mujer inteligente y de espíritu cultivado, poseedora acaso de un grado superior de alguna disciplina científica.

Y, sin embargo, había sido lanzada a Venus, con un grupo de desdichadas. ¿Sería cierto que, pese a su apariencia, ella había sido una…?

¿Ferner?

El nombre no le sonaba, entre los afectados por la estruendosa quiebra de la Intersolar. A menos que Medora hubiese recobrado, al enviudar, su apellido de soltera.

Pero ¿tenía eso alguna importancia en los momentos actuales?

La personalidad anterior ya no existía.

Eran sólo un grupo de humanos —ocho hombres y tres mujeres — luchando desesperadamente por sobrevivir.

¿Lo conseguirían?

CAPÍTULO VIII

a luz del nuevo día le despertó. Se desperezó un poco y luego se puso en pie, soportando estoicamente los crueles retortijones de su estómago vacío.

MacDonald regresaba en aquellos momentos de hacer sus abluciones matinales. Al verle, hizo una mueca.

—Sólo es agua, no *whisky* —repitió una vez más, con buen humor, su sempiterna cantinela que todos conocían.

—Y que no falte —comentó Karel—. ¿Se te ocurre algo para el nuevo día?

—Continuar, digo yo. Si a la tarde no hemos hallado nada nuevo, haremos otro sendero de piedras para beber agua. Los demás están conformes con el plan.

—Yo también —declaró Karel. Frunció el ceño—. Lo peor va ser la comida.

—Si tuviésemos una red, la echaríamos al lago. Antes vi saltar algunos peces…

—Tendremos que desechar ese procedimiento. No tenemos más que lo puesto, Mac.

El escocés asintió. Todos los desterrados habían sido equipados de la misma forma: blusa, pantalones y una especie de sandalias, sin dejarles encima ni siquiera un alfiler. Las costuras de las prendas eran electrónicas y, por otra parte, el tejido, muy fino, de modo que se deshacía con cierta facilidad, como había ocurrido durante el huracán. Las mujeres habían sido provistas de faldas, aunque alguna de ellas. Juana y Anuschka, por ejemplo, habían solicitado y obtenido pantalones. Medora llevaba falda.

La vio aparte, separada del grupo, en actitud pensativa. Sintió hacia ella una viva simpatía, pero no se atrevió a decirle nada, temeroso de una repulsa.

—Aséate pronto, que nos vamos —le aconsejó el escocés.

Regresó menos de diez minutos después.

—¿Hacia dónde? —preguntó Abdullah.

—Seguiremos contorneando el lado, ¿no? —sugirió el chileno.

La propuesta fue aceptada sin dificultad. Llevarían media hora de marcha cuando, de pronto, se dieron cuenta de que el terreno empezaba a ascender.

—Creo que hemos llegado a la orilla opuesta del lago —exclamó Karel vivamente.

—¿Entonces, nos desviamos en sentido perpendicular? —preguntó MacDonald.

Karel recorrió con la vista los rostros de las diez personas que le acompañaban.

—No me gustaría tomar esta decisión sin contar con la anuencia de los restantes —manifestó.

—¡Qué diablos! —exclamó un tal Castle, dos veces homicida por imprudencia—. El terreno toma otro aspecto distinto. Bien podemos seguirlo, ¿no os parece?

El asentimiento fue unánime. Sin necesidad de más comentarios, reemprendieron la marcha.

Karel maniobró hábilmente para situarse al lado de Medora.

—Deseo pedirte perdón por lo que te dije anoche, Medora —habló en voz no muy alta.

Ella apretó los labios.

—No tiene importancia. Además, estoy aquí por eso.

—Debió producirse algún error…

—En todo caso, no eres tú quien debe preocuparse —le atajó ella en seguida.

—Está bien, Medora, pero quiero que sepas que lo dije sin darme cuenta. Las palabras se me escaparon antes de poder remediar el daño.

Ella se encogió los labios.

—Hay circunstancias en que ciertos daños morales desaparecen en bien del interés de la propia supervivencia. Lo que piensen ésos de mí, me resulta indiferente; mucha más importancia tiene el que uno de ellos me eche una mano, en caso necesario, considerando únicamente que soy una persona, un ser humano y no una mujer perdida, cuyo contacto, para los puritanos y fariseos, es contaminador.

—Tienes razón —convino él—. Y por eso te pido perdón otra vez.

—De acuerdo. No se hable más del asunto.

—Si me permitieras explicarte lo que pasó…

—¡No! —le interrumpió Medora, enfureciéndose de pronto—. No me importa ya lo que pasó, sino lo que puede pasar. ¿Crees que, con recordar y lamentarse de lo que ya no tiene remedio, se pueden evitar los peligros futuro?

Karel se dio cuenta del mal humor de la muchacha y renunció a la conversación. Incluso se separó unos cuantos pasos, sin que a Medora pareciese afectarle su acción.

Estudió el terreno. Era árido y pedregoso, formado por una serie de lajas del color y la apariencia de la pizarra. Aunque estaba inclinado, era todavía bastante plano, sin apenas irregularidades. El radio de visión alcanzaba unos quinientos o seiscientos metros, sin que se pudiera divisar lo que había más allá, debido a la niebla que no cedía un solo instante.

Transcurrió media hora. El lago se había perdido ya de vista hacía rato. El calor era insoportable.

Karel se sentía empapado. Se detuvo unos instantes, contemplando a los extenuados supervivientes. Medora pasó por su lado; tenía la frente brillante y dos grandes manchas húmedas en las axilas; su falda estaba rota hasta la cadera, pero en sus ojos brillaba el fulgor de la decisión.

De pronto, sonó un agudo grito.

—¡Eh, chicos, mirad!

Era Praes, el brasileño, quien iba en cabeza de la doliente columna. Su brazo derecho se tendía hacia delante, señalando algo que no se podía ver todavía.

Sacando fuerzas de flaqueza, Karel corrió hacia Praes. Al llegar allí, divisó, a través de la neblina, la borrosa silueta de una «sequoia» venusina.

—Si mal no recuerdo, la corteza de ese árbol se come —dijo el brasileño con los ojos iluminados.

Karel no contestó. Reanudó la marcha, apretando el paso. Los demás le siguieron a la carrera.

En pocos minutos estuvieron junto al árbol. Más allá, divisaron otros varios.

—Tened cuidado con la cantidad de corteza que coméis —recomendó el escocés—. Es muy nutritiva, pero también muy tóxica. Sólo un trozo no mayor que vuestra mano.

La corteza se arrancaba con cierta facilidad. Karel comió un fragmento, aproximadamente la mitad de lo que había comido la última vez. Por pura precaución y aunque sentía frecuentes retortijones en el estómago por el hambre, no quiso pasar de aquella pequeña cantidad. Al terminar, se notó bastante mejor.

Se sentaron en el suelo a descansar unos momentos. La ansiedad había desaparecido en parte de los rostros de los desterrados. Philip y Anuschka conversaban muy animados. Ella era cinco años mayor que el muchacho, pero Philip parecía haberse aficionado mucho a la joven, A su vez, Anuschka daba la sensación de sentirse muy a gusto junto a Philip.

«Si pudiéramos establecernos en un sitio fijo y fundar una colonia con un mínimo de posibilidades de supervivencia, acabarían constituyendo una familia. Extraña pareja la suya; él parece un estudiante, y ella…» —tales fueron los pensamientos de Karel.

—¿Dónde diablos estarán Otkov y los suyos? —preguntó de pronto el escocés.

—Déjalos —refunfuñó Abdullah—. Es mejor que no estén con nosotros; hubiéramos acabado por pelearnos y… créeme, para eliminar a esos tipos, sólo se puede usar un procedimiento.

La recién nacida discusión sobre el grupo de Otkov quedó así

cortada. Luego, Medora inició otra cuestión.

—Creo que sería conveniente que cada uno de nosotros llevase una astilla de corteza. De este modo tendríamos una pequeña reserva de comida.

—Suponiendo que no se corrompa —dijo Praes.

—Probar no cuesta nada —adujo Karel—. Por lo que hemos podido ver hasta ahora, este género de árboles no es raro en Venus.

—A mí me gustaría más una buena chuleta asada —se lamentó el chileno.

—¡Ansioso! —le apostrofó MacDonald con buen humor—. Te olvidas de mi *whisky*, egoísta.

—Si encontrásemos patatas y hierro, fabricaríamos un alambique y, con las patatas, destilaríamos licor —apuntó Weng, un oriental ducho en estafar a sus prometidas antes de la boda.

—De todas formas —dijo Karel—, a ti, Mac, el ser abstemio no te ha perjudicado en absoluto. Hasta tu nariz está recuperando el aspecto que debía tener hace veinte años.

Sonaron algunas risitas. El escocés se tocó con los dedos el apéndice nasal.

—Ha perdido volumen, en efecto —convino bastante satisfecho.

—Y color —rió el chileno.

Poco después, reanudaron el camino, llevando cada uno un buen trozo de corteza. Las «sequoias» no eran allí tan frecuentes; a veces, había cien metros de distancia entre una y otra.

Una hora después, atravesaron un pequeño grupo de quince a veinte «sequoias», muy próximas entre sí, tanto o más que en el bosque gigante, y al pasar al otro lado, pudieron darse cuenta de que el panorama empezaba a cambiar.

La planicie se iba transformando en un terreno, irregular, accidentado. A ambos lados de la ruta que seguían se levantaban unos muros de roca, de poca pendiente todavía, pero que se iba acentuando a medida que ganaban terreno. Era un enorme canchal, con grandes grietas y concavidades, resultado de grandes cataclismos geológicos en épocas muy remotas.

—Esto parece el paso de una cordillera —dijo MacDonald de pronto—. ¿A qué altura estaremos sobre el lago?

Karel se detuvo y reflexionó. Llevaban unas cuatro horas caminando, durante las cuales estimaba debían de haber recorrido

entre diez y doce kilómetros. Calculando corto y estimando la inclinación de la pendiente en una media del veinte por ciento, se podía afirmar que habían ganado casi un par de miles de metros de altura, con relación al nivel del lago.

—Es posible que tengas razón —convino MacDonald, reflexionando—. Pero la pendiente no tiene trazas de terminar, lo cual significa que la cordillera que vamos a atravesar, debe tener algunas altitudes gigantescas.

—Se sabe que en Venus hay montañas de una altura doble que el Everest —intervino Medora.

—En tal caso, tendríamos que retroceder. Sin oxígeno, a los cuatro mil metros, empezaríamos a sentirnos mal —manifestó Karel —. Sobre todo, los más débiles…

Un repentino grito le interrumpió de súbito.

—¡Venid! —chillaba Praes, a unos ciento cincuenta metros de distancia—. ¡Massini está aquí!

Capítulo IX



l oír las voces del brasileño, suspendieron la discusión y echaron a correr. Praes agitaba las manos como loco. De pronto, se arrodilló y desapareció detrás de un grupo de rocas con aspecto pizarroso.

Karel dio, la vuelta a las rocas. Al ver al italiano tendido en el suelo, frunció el ceño.

Massini se hallaba por completo inmóvil. Tenía los ojos muy abiertos y les miraba fijamente. Pero apenas si podía moverlos un centímetro en todos los sentidos.

Su respiración era la mitad de lo normal; unas ocho inspiraciones por segundo.

Karel se preguntó qué le habría sucedido al desdichado Massini, el cual no hablaba en absoluto, ni contestaba a las preguntas que se le dirigían. De pronto, Medora lanzó una exclamación.

—¡Mírenle el vientre!

Karel se arrodilló junto a Massini. Le aflojó los pantalones,

rasgados en parte, y desabrochó su deteriorada blusa, poniendo el vientre al descubierto. Estaba abultado, turgente como si se hubiese dado un descomunal atracón de comida.

Pero Massini no había hecho tal cosa. Entre el estómago y la ingle se advertía la cicatriz de una incisión, cosida o soldada luego de una manera que ninguno de los presentes podía explicarse. Karel puso la mano sobre aquella turgencia, dándose cuenta de que tenía una temperatura superior a la normal.

—No entiendo lo que le pasa —dijo al cabo—. Massini parece consciente y, sin embargo… Massini —exclamó de pronto—, ¿nos oyes?

Los ojos del yacente se movieron un poco.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué has comido?

Karel creyó ver en las pupilas del italiano una expresión de insuperable agonía. De repente, antes de que pudieran formarse ninguna conjetura sobre el extrañó suceso, oyeron un pronunciado zumbido.

Parecía el zumbido de un colérico abejorro. Todos los presentes miraron a su alrededor, tratando de descubrir la fuente de sonido.

De pronto se oyó un chillido agudísimo. Hacia arriba vieron aparecer a una silueta que corría con desesperación, como huyendo de algún horrendo peligro.

—¡Es Bauer! —gritó alguien.

De súbito, un horrible monstruo surgió de entre la niebla, cayendo sobre Bauer con aparente lentitud, pero moviéndose con infinita más rapidez que el desdichado sujeto.

Karel creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

Era un insecto colosal, de proporciones aterradoras, casi con el tamaño de un hipopótamo, al que le hubiesen brotado tres pares de alas de enorme envergadura, semitransparentes, las cuales se movían con rapidez imposible de seguir con la vista.

La bestia tenía un vago parecido con una avispa y se movía como tal. Bauer intentó escapar, pero la velocidad de su carrera no podía competir con la de la avispa gigante.

El insecto se arrojó sobre Bauer, ocultándolo casi por completo bajo su enorme cuerpo. Tenía seis pares de patas, con dos de las cuales sujetó al desdichado, mientras movía las otras para volverle boca arriba.

Entonces, todos los presentes, paralizados por el horror, presenciaron una escena de pesadilla.

Un largo y agudo aguijón, con filo de sierra, brotó del extremo del vientre del insecto, clavándose en el cuerpo de Bauer. El desdichado se agitó epilépticamente unos momentos, pero, de pronto, sus gritos y movimientos cesaron en seco. Su cuerpo se puso rígido y sus miembros se estiraron.

La abeja se movió un poco más. El aguijón volvió a actuar, rasgando el vientre de Bauer, quien no podía efectuar el menor movimiento. Aun lleno de espanto, sudando de horror, Karel pudo darse cuenta de que el aguijón de la bestia debía poseer unas extrañas cualidades hemostáticas, ya que la efusión de sangre quedó cortada casi en el acto.

A continuación, el insecto colocó su vientre sobre la incisión. Pese a la distancia, pudieron ver dos bolitas blancas que brotaban del abdomen y desaparecían a través de la incisión del cuerpo de Bauer. Una vez más, el aguijón entró en funciones, ahora cosiendo la herida y dejando el vientre del desdichado casi igual que como estaba antes, salvo la correspondiente cicatriz que podía observarse también en el cuerpo de Massini.

Entonces, Karel comprendió lo que ocurría y se sintió desfallecer de pánico.

—Es… es… algo horripilante —dijo el escocés.

Karel tragó saliva.

—En… en la Tierra hay insectos que paralizan con su aguijón los centros nerviosos de sus víctimas —dijo—. Luego depositan sus huevos en el cuerpo de éstas, a fin de que las larvas, al nacer, dispongan ya de alimento.

La mano de Medora se crispó en torno a su brazo.

—Karel —dijo, con voz estrangulada—, ¿crees que Massini y Bauer… van a ser… van a ser devorados vivos, cuando nazcan las larvas de esos horribles insectos?

La abeja levantó el vuelo pesadamente al principio, con mayor rapidez después, hasta que desapareció en unos pocos segundos tras la espesa capa de nubes.

—Sí —contestó el joven.

No le cabía la menor duda de la horrible suerte que esperaba a aquellos desdichados.

—Si a mí me hubiera sucedido una cosa semejante… si llegase a sucederme —dijo Praes—, ruego al que pueda moverse que me machaque la cabeza con una piedra. No quiero que mi carne sirva de alimento a tan repugnantes insectos.

—Y eso nos plantea un problema —dijo MacDonald, respirando profundamente—. Aquí tenemos a dos de nuestros compañeros, buenos o malos, pero compañeros al cabo, abocados a la más horrible de las muertes. Se sentirán devorar vivos, sin poder hacer nada por evitarlo, ya que la parálisis de sus centros nerviosos es total, pero en cambio permanecen por completo lúcidos, con plena inteligencia. ¿Qué hacemos?

Un tremendo silencio se abatió sobre el grupo. Unos y otros se miraron, removiéndose inquietos y restregando los pies contra el suelo.

—Tendremos que… —dijo Karel, pero no pudo seguir hablando.

Un sordo zumbido, que provenía de las alturas, interrumpió de pronto sus palabras.

—¡Las abejas gigantes! —gritó alguien, invadido por el pánico.

El ruido indicaba que eran varios los insectos que se acercaban a aquel lugar.

Karel miró en torno suyo con desesperación. El canchal ofrecía pocas probabilidades de refugio para escapar al inminente peligro.

De pronto se le ocurrió una idea.

—¡A los árboles, pronto!

Todos comprendieron sus intenciones en un santiamén. Enloquecidos, luchando por su vida, echaron a correr cuesta abajo. Si los árboles no obstaculizaban el movimiento de las alas de los colosales avispones, nada podría detenerles y todos perecerían, como había dicho el escocés, en la más horrible de las muertes.

Los árboles no estaban lejos. Sin embargo, el volumen de los zumbidos crecía con grandísima rapidez.

Un terrible grito sonó de pronto.

—¡Ahí están!

La distancia a los árboles era de unos veinticinco o treinta metros. Karel volvió la cabeza un instante y pudo divisar a las enormes abejas que caían zumbando sobre ellos.

¿Podrían alcanzar el refugio de los «sequoias»?

Alguien lanzó de pronto un alarido terrorífico. Castle cayó al

tropezar con una piedra. Quiso levantarse, pero, en el mismo instante, un insecto se abalanzó sobre él y lo aplastó contra el suelo. Los chillidos de Castle ponían los pelos de punta.

El resto del grupo alcanzó el grupo de árboles y se metió en su interior. Los zumbidos de las abejas, una docena en total, aumentaron de tono, como si se sintiesen irritadas por haber visto que se les escapaba una presa que ya consideraban segura.

A pesar de todo, la distancia entre los árboles, si bien impedía que los monstruosos insectos pudiesen desplegar sus alas, en cambio dejaba el espacio suficiente para que pudiera pasar caminando con sus patas sobre el suelo. Karel no tardó mucho tiempo en percatarse de aquella nueva complicación.

Pero ¿qué arma emplear para deshacerse de aquellos espantosos seres?

—¡El fuego! —gritó de súbito—. ¡Philip, las cerillas! ¡Arrancad todos trozos de astillas, rápido! ¡Es preciso hacer fuego, rápidamente!

Una abeja se posó en el suelo, plegando sus alas a lo largo de los costados. Permaneció inmóvil unos instantes y, de pronto, se lanzó hacia delante, cargando con la velocidad de un caballo al galope.

Karel se inclinó y recogió una enorme piedra. Con los músculos en tensión, esperó a que el animal estuviese a cuatro o cinco metros.

Entonces lanzó la piedra contra la cabezota de la bestia. Otra piedra voló al mismo tiempo por los aires, deteniendo el impulso del animal.

—¡Más piedras! —gritó.

Cuatro o cinco pedruscos alcanzaron de lleno al animal, el cual, viendo la decidida defensa que hacían sus presuntas víctimas, retrocedió, moviendo sus alas un poco.

—¡Ya está el fuego! —gritó Philip de pronto, pasando a Karel una larga astilla encendida.

La primera abeja se había retirado. Otra tomó su puesto, pero se encontró con un enemigo acaso desconocido para ella: unas llamas que bailaban al extremo de un largo trozo de corteza.

—¡Más, más fuego! —gritó Karel.

Varias antorchas fueren encendidas en pocos momentos. Mac Donald lanzó una de ellas contra una abeja, haciéndola saltar al aire

y volar hacia las alturas. Los demás la imitaron en el acto.

—¡Dios mío! —exclamó Karel, limpiándose el abundante sudor que le chorreaba por la frente—. ¡Creí que no íbamos a salir de ésta!

—De todas formas, no te confíes demasiado —dijo el escocés—. Eses bichos pueden volver en cualquier momento.

En efecto, el zumbido continuaba oyéndose, aunque a gran altura, en la vertical del pequeño grupo de «sequoias» venusinas.

—Sin duda, deben de estar esperando a que salgamos —intervino Medora.

—Pero aquí no podemos seguir siempre —dijo Anuschka.

Karel observó el inmóvil cuerpo de Castle, tendido en el suelo a unos veinticinco o treinta metros de los árboles.

—Hay otro problema que me preocupa tanto o más que nuestro futuro —dijo despacio.

—¿Te refieres a esos desdichados? —preguntó MacDonald.

—Sí.

Hubo una pausa de silencio. Medora volvió a hablarle. El peligro común borraba todas las diferencias.

—¿Te has formado algún plan con respecto a ellos? —inquirió.

Karel demoró la respuesta un segundo. Sus ojos se movían, explorando atentamente las irregularidades del cuello.

De pronto, dio un paso hacia delante, se inclinó y recogió una piedra plana y alargada, de unos treinta centímetros de largo, por diez o doce de ancho y unos tres de grueso. Uno de los bordes de la piedra, en el sentido longitudinal, presentaba un cierto filo.

Medora se estremeció al comprender las intenciones de Karel.

CAPÍTULO X


e pronto Juana volvió la cara y la ocultó en el ancho pecho de Pérez, gimiendo desconsolada. El chileno rodeó sus hombros con los brazos, a la vez que le prodigaba frases de ánimo y de consuelo.

—Es horrible tener que actuar así —dijo Karel, pálido y demudado—, pero creo que no nos queda otro remedio. Por nada del mundo debemos consentir que esas infernales larvas devoren vivos a nuestros compañeros.

MacDonald se frotó con fuerza la mandíbula.

—Creo que ellos lo agradecerán —convino a su pesar—. Por mi parte, hago mías las palabras de Praes; si tuviera la desgracia de caer en las garras de una de esas fieras, desearía morir antes que contemplar impotente cómo me devoraban vivo.

—Bien, en eso estamos de acuerdo —intervino Philip, cuyo valor era mucho mayor del que podía suponerse a simple vista, dado su aspecto tímido y apocado—. También estamos de acuerdo en que

necesitamos salir de los árboles, ya que no podemos permanecer aquí para siempre. Pero ¿qué plan hay para seguir nuestro camino?

Karel reflexionó unos momentos.

—Podemos intentarlo con ciertas posibilidades de éxito. Ya está visto que el fuego asusta a esas bestias. Ahora, todo se reduce a cargar con la mayor cantidad posible de astillas y llevar siempre encendidas media docena de antorchas, formando círculo. Habremos de caminar muy unidos, codo a codo; cualquier separación podría sernos fatal.

—Es una excelente idea —admitió el escocés—. Manos a la obra.

Karel miró la piedra que tenía en las manos.

—Aguzaré el filo —dijo en tono sombrío.

Mientras frotaba el borde de la piedra contra otra mayor, los demás se dedicaron a formar grandes montones de astillas, procurando darles la mayor longitud posible.

—Arrancad algunas lianas delgadas y atadlas en manojos. De esta forma, la antorcha será más gruesa y sus llamas se extenderán más —recomendó MacDonald.

Pérez tuvo un rasgo de humor.

—Y lo que sobre, nos lo comeremos asado.

—¡Por Dios! —exclamó Juana, descompuesta—. Sólo a ti se te ocurriría hablar de comida en estos momentos.

—El estómago no admite componendas, paisana —dijo el chileno—. En estos momentos, no pasarías un bocado, pero ya me dirás lo mismo dentro de veinticuatro horas.

Medora se acercó a Karel. La joven llevaba en las manos un gran brazado de astillas, algunas de ellas de casi dos metros de longitud. Mientras el uno afilaba la piedra, la otra empezó a formar algunos atados con las tiras de corteza.

—Las abejas siguen zumbando por encima de nosotros — informó Medora al cabo de unos momentos.

—Se me ha ocurrido una idea para ahuyentarlas, acaso de forma definitiva.

—¿Cuál? —preguntó ella, muy interesada.

Karel examinó el filo de su improvisado cuchillo con aire crítico.

—Lo verás cuando estemos preparados. ¿Quieres decir a los demás que arranquen algunas astillas suplementarias y las coloquen al pie de los árboles?

—Por supuesto —obedeció Medora sin rechistar. Volvió poco después y dijo—: Creo que te he comprendido, Karel.

—Lo celebro. Es posible que esos insectos acaben por comprender también, a través de su instinto animal, que nosotros somos peligrosos, por un medio ofensivo que hasta ahora les había resultado desconocido. Quizá con ello evitemos otro ataque en lo sucesivo.

—De todas formas, ha sido horrible —dijo Medora, estremeciéndose.

—Sí, pero ¿qué no hay de horrible en este planeta?

Hubo un momento de silencio entre ambos, durante el cual sólo se oyó el lejano zumbido de los insectos y el ruido de las piedras, al ser frotadas entre sí.

Medora se sentó sobre sus talones.

—A veces, me siento sin esperanza. Pienso —añadió—, que todo lo que hacemos es inútil, que tarde o temprano, acabaremos pereciendo todos.

—Es posible —admitió Karel, sin interrumpir su labor—. Pero hoy me he acordado de algo que dijo el jefe de los guardias, en el momento de lanzarnos de la astronave.

—No recuerdo —murmuró ella.

—Dijo que no era útil matar a unos seres que todavía podían salvarse —debía referirse a los condenados a muerte—, ni tampoco, añadió, mantener ociosos a quienes podían desarrollar alguna labor provechosa. Concluyó diciendo que el riesgo era grande, pero el premio no lo era menor.

—En efecto —convino Medora, muy pensativa—. Lo había olvidado por completo. ¿A qué premio debía referirse, en tu opinión?

Karel levantó la piedra y pasó la yema del pulgar por el cuchillo.

Volviendo los ojos hacia la joven, exclamó:

—¡A la vida, Medora! ¡Ése es el premio que nos espera, vivir… si conseguimos sortear todos los peligros que nos acechan!

Medora calló durante unos instantes.

—Acaso tengas razón —dijo despacio—. Vivir, sí, pero ¿dónde?

—En Venus.

MacDonald se acercó en aquel momento.

—Estamos listos, Karel —dijo.

El joven se puso en pie.

—Convendría que nos reuniéramos todos —habló—. Deseo decirles algo antes de reemprender la marcha, como asimismo escuchar las objeciones que puedan formular a mis ideas.

—Claro —accedió el escocés.

Momentos después, todos formaban un círculo en torno al joven.

—Mi plan es el siguiente —dijo—. Las abejas continúan zumbando allá arriba, a unos doscientos metros de altura. Pegaremos fuego a los árboles y saldremos de aquí, con media docena de antorchas encendidas. En todo momento, hasta que hayamos descartado el peligro por completo, tendremos encendidas las antorchas y dispuesta una reserva oportuna, a fin de que en ningún momento nos falte la protección del fuego. Aunque caminemos más despacio, llevaremos encima toda la mayor cantidad de astillas que nos sea posible; ignoramos cuándo podremos hacer un nuevo repuesto, como asimismo el alcance de las avispas gigantes. Si a alguien se le ocurre una nueva idea, que lo diga en el acto.

—Para mí, está bien —aceptó Praes.

—De acuerdo —exclamó Philip—. ¿Cuándo empezamos?

—Ahora mismo —respondió Karel. Trató de sonreír—. Muchacho, si un día conseguimos salvamos, te erigiremos un monumento. Los que vivan, te deberán la vida por tu caja de cerillas.

Philip se sonrojó. Anuschka le miró arrobada, en una forma que Karel se vio obligado a ocultar una sonrisa. Era evidente que la antigua trotona se había enamorado del muchacho.

Pensó una vez más en las palabras del jefe de los guardias. Les esperaba un premio muy grande. Los peligros que atravesaban, los que acaso les aguardaban todavía, ¿no constituirían una especie de crisol donde todos se purificarían, purgando sus pecados de aquella manera?

—Bueno —exclamó, ocultando sus sentimientos—, vamos.

Philip, ayudado por Anuschka, empezó a prender fuego a las astillas situadas al pie de los árboles. Inmediatamente, se encendieron las antorchas.

El fuego se fue propagando despacio, al principio, pero cuando las llamas hubieron prendido en la corteza de las «sequoias», la

rapidez de propagación aumentó en pocos momentos. Apenas diez minutos después de haber encendido Philip la primera cerilla, la altura de las llamas alcanzaba ya los quince o veinte metros.

El calor se hizo terrible, insoportable.

—Es hora de marchar —gritó el chileno, con la cara roja por completo.

Encendieron las antorchas y formaron el grupo, cargando con los brazados de astillas de repuesto. Luego echaron a andar y salieron del bosquecillo.

Se separaron del mismo unos veinticinco o treinta metros, deteniéndose luego junto al infeliz Castle, cuyo vientre tenía un abultamiento muy significativo. Los ojos del desdichado les contemplaron con evidente expresión de agonía.

—Está imposibilitado de moverse, pero conserva todo el conocimiento y, quizá, toda su sensibilidad física —opinó MacDonald—. Debe sufrir de un modo horrible.

Karel inspiró con fuerza. De pronto, exclamó:

—¡Volved la cabeza todos!

Se arrodilló junto a Castle y movió la mano armada con la piedra.

Medora lanzó un grito de espanto.

Karel se incorporó, con el rostro cubierto de una gran palidez. Tenía los ojos extraviados y sudaba a mares.

—Vamos, vamos —dijo con voz ronca.

Caminaron unos cuantos pasos. De pronto, oyeron unos terribles zumbidos.

—¡Cerrad el círculo! —exclamó el escocés.

Los desterrados se apretaron, alzando las antorchas sobre sus cabezas. Pero no ocurrió nada de lo que temían.

Las llamas envolvían por completo los troncos de los árboles y llegaban a una altura exorbitante. El calor que desprendían era tal, que la niebla de las capas superiores se había disipado.

Cinco o seis avispas, alcanzadas por el calor y las llamas, cayeron a plomo. Se retorcieron de una forma horrible al consumirse, en tanto que por la atmósfera se expandía un hedor nauseabundo, procedente de sus cuerpos devorados por el fuego. Los restantes insectos, aterrorizados por el que, sin duda, era un fenómeno nuevo, escaparon a toda velocidad.

Uno de los monstruos, sin embargo, fue alcanzado por un inesperado chorro de llamas. Sus enormes alas ardieron en cuestión de segundos con tremendo fogonazo, como si hubieran sido de sencillo papel. Privado de su sustentación, el insecto se vino abajo desde más de cien metros de altura y fue a estrellarse contra el suelo, produciendo un horrible chasquido, que hizo sentir náuseas a todos cuantos presenciaban la escena.

—Sigamos —ordenó Karel.

Un poco más adelante, hallaron a Massini. Los ojos del infeliz les contemplaron con impotente expresión de súplica.

—Me siento como un verdugo —dijo Karel, levantándose, sudoroso y jadeante, después de haber cumplido con su macabra obligación.

—Si pudieran hablar, te darían las gracias —rezongó el escocés.

Pérez se acercó al joven y le puso una mano en el hombro. Alargó la otra y le arrebató el improvisado cuchillo, manchado de sangre.

—Tú ya has hecho bastante —dijo—. Ahora me toca a mí.

Karel no podía hablar. El cuerpo de Bauer yacía unos metros más arriba.

—Tal vez —dijo Pérez, inspirando con fuerza—, nos encontremos más adelante al resto del grupo de Otkov.

Entonces, alguien suscitó una cuestión, no por repugnante, menos necesaria de resolver.

—A pesar de todo —dijo Praes—, cuando nazcan las larvas, ¿no devorarán los cadáveres de esos desgraciados?

—Poco, importa ya. —MacDonald meneó la cabeza—. Lo importante era evitarles el sufrimiento que les hubiera causado verse devorados en vida. Pero, además, sospecho que los huevos de esas avispas pueden necesitar el calor de un cuerpo animal, sea del que sea, para su período de incubación.

—En tal caso, las larvas morirán antes de haber salido del huevo —dijo Karel.

—Es posible. Pero, si en lugar de avispas fuesen buitres y esos infelices hubiesen muerto por otra causa, ¿no serían también devorados sus cadáveres? El suelo es muy duro y pedregoso y no tenemos medios, ni tampoco tiempo, de enterrarlos. Nos guste o no, hemos de seguir adelante.

El escocés tenía razón.

En medio de un lúgubre silencio, la pequeña comitiva, un tercio justo del grupo original, continuó su camino.

CAPÍTULO XI



erca del atardecer alcanzaron la entrada de una enorme garganta, cuyo término no podía advertirse desde el punto en que se hallaban.

Los bordes de los empinados muros de roca se perdían en la nubosidad imperante. El suelo era muy irregular y parecía ofrecer grandes dificultades para su travesía.

No se advertía ninguna planta, aunque, a lo lejos, Karel creyó divisar una especie de lianas o parras que surgían de las paredes a unos metros del suelo.

—Opino que deberíamos hacer alto y descansar, antes de proseguir nuestro camino —dijo.

La proposición fue adoptada por unanimidad.

—Reduzcamos el número de antorchas —dijo el escocés—. Creo que con dos, en los extremos del grupo, tendremos más que suficiente. Es una madera que prende fácilmente y, en caso necesario, podríamos encender más antorchas de las que llevamos

en reserva, que debemos alargar todo cuanto nos sea posible. Por otra parte, si vamos a ser atacados por las avispas gigantes, oiremos su zumbido con la suficiente antelación para poder defendernos adecuadamente.

—Eso está muy en razón —dijo Pérez—. A mí me parece —añadió—, que dos de nosotros, por turno, deberíamos estar siempre con una antorcha en la mano. No olvidemos que también hay otras bestias en esto condenado país.

—De acuerdo. Vamos a sortear los turnos.

—¿Y qué hay de la comida? —preguntó Praes—. Porque esta madera, además de dar luz, proporciona alimento. Incluso diría que calma la sed; apenas la he sentido en todo el día.

—Tampoco has tenido tiempo de sentirla —bromeó Weng.

—Recomiendo no comer hasta mañana por la mañana —dijo Karel—. Acordaos de los que murieron por haber hecho excesos en ese sentido.

—Es un buen consejo —convino MacDonald—. Seguidlo, es lo mejor que se puede hacer, aunque sea preciso pasar un poco de hambre.

A Karel le correspondió el tercer turno, en el lado occidental del lugar elegido para la acampada. Colocó la antorcha en pie, sujeta con unas piedras, y junto a ella, un pequeño repuesto de astillas, atadas con lianas.

Treinta metros más allá, al otro lado, estaba Praes, el brasileño. Los dos callaban, para no despertar a los durmientes, situados entre ambos.

Al cabo de un buen rato, Karel oyó pasos. Volvió la cabeza a medias.

Medora se situó a su lado, dentro del círculo de luz.

—Me siento avergonzada —dijo.

Karel levantó las cejas.

—No entiendo —murmuró.

—Dije una serie de cosas, de las cuales me arrepiento ahora —manifestó ella, mirándole de frente.

—En ese sentido, no eres tú quien más reproches debe hacerse —contestó él—. Yo también pronuncié unas cuantas barbaridades y, además, tenías razón. La Intersolar quebró por mi culpa… hasta cierto punto. Encuentro lógico que al morir tu esposo, quisieras

matar al que tuvo la culpa de tan funesta determinación.

Medora sacudió la cabeza.

—Pensé que tu muerte no resolvería nada, en primer lugar; y en segundo, tenía la posible condena a Venus. Ya ves —sonrió con amargura—, quise evitarlo de una forma, pero fui a caer de otra… nada honrosa, por cierto.

—Creo que tu condena fue injusta. Tú no eres una de esas… bueno, no quiero pronunciar el nombre. ¿Cómo ocurrió la cosa? —preguntó de pronto.

Ella le dirigió una profunda mirada.

—¿De veras lo crees así, Karel?

—Por supuesto.

—Gracias. —Medora volvió a sonreír—. Aunque, de todas formas, aquí eso no tiene ninguna importancia. Las consideraciones sociales y de otro género desaparecen ante la inapelable necesidad de sobrevivir a cualquier precio. —Hizo una pausa—. Fue una desdichada coincidencia. Estaba desesperada por la muerte de mi marido… No sabía qué hacer y se me ocurrió tomar algo para animarme, una copa de vino marciano. Ni siquiera me fijé en el local donde entraba… llevaba mucho rato deambulando sin rumbo determinado. Entonces, llegó la policía, hizo una redada y…

—Pero tú pudiste protestar, haber hecho algo, en fin —alegó Karel con vehemencia.

Medora sacudió un poco la cabeza.

—Todo fue inútil. Además, en los primeros momentos, ni siquiera me preocupé; tan abatida estaba. Por otra parte, pensé que, en el peor de los casos, siendo la primera vez, saldría del paso con una multa. No ocurrió así; cuando quise darme cuenta, estaba ya a bordo de la astronave penitenciaria.

—Lo siento de veras —dijo él; meditabundo sin apartar sus ojos del rostro de la joven.

Medora se echó hacia atrás un rebelde mechón de cabellos.

—Ya no tiene importancia, Karel. En verdad te lo digo, preocupada en sobrevivir, apenas si me acuerdo ya de los tiempos pasados.

—Lo mismo me sucede a mí —contestó Karel, en tono reposado —. Tenía una magnífica posición, estaba bien considerado, iba a casarme pronto con una muchacha hermosa y rica… y, de repente,

¡zas!, en pocas horas, cambió todo radicalmente.

—¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó ella, interesada—. Un hombre de tu experiencia debiera haber previsto todas las contingencias.

—Un espaciograma del jefe de la Tierra. Era un mensaje de rutina, relativo a valores y cotizaciones, como recibía otros muchos. Normalmente, debían comprobarse todos; así lo establece el reglamento, pero la confianza me perdió; la petición de confirmación era algo ya desusado, aun antes de que yo tomase las riendas de la Intersolar en Marte.

—¿Y…?

—Pues que el espaciograma resultó ser falso y la Intersolar se fue a pique. Me imagino que debió de ser algún competidor celoso, aunque eso ya no tiene ninguna importancia. Mi condena, más que a la catástrofe financiera en sí, se debe a la negligencia observada.

—Y acabaste con un puñado de años de cárcel, conmutados por el destierro a Venus.

—Y aquí estoy —respondió él.

—Sí suspiró Medora. —Aquí estamos.

Callaron un momento. De pronto, Karel dijo:

—Medora… tal vez logremos sobrevivir. Acaso podamos establecernos en un lugar relativamente libre de riesgos.

—¿Te refieres al premio prometido por el jefe de guardias?

—Quizá lo dijo para no desanimarnos del todo, aunque opino que no indicó el este sólo por decir algo, simplemente por ganas de hablar. Abrigo la esperanza de hallar ese sitio algún día.

—¿Y bien?

—Entonces… —Karel titubeó un momento—. Bueno, si lo conseguimos, me gustaría… en fin, compensarte de alguna forma por lo que te hice perder.

Medora sonrió suavemente.

—Hablaremos de ello cuando llegue la ocasión, Karel. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, Medora.

Al quedarse solo, Karel pensó en la joven. No, no era una mujer de hermosura clásica, pero sí fuerte, robusta y decidida. Además, era buena y honesta; sería, una pareja fiel y devota…, si conseguían hallar aquel lugar que, por el momento, no era más que una utopía.

Debían olvidar el pasado por completo. Ella, a su esposo; él, a su prometida. Su vida anterior había quedado borrada apenas pusieron el pie en Venus; ahora, si podían, debían iniciar una nueva existencia, partiendo de cero.

Medora necesitaba un hombre a su lado. Él, a una mujer. Así había sido desde el principio de los tiempos. ¿Por qué, si la ocasión llegaba a presentarse, no podrían establecer una unión sólida y duradera?

Sólo el tiempo podía dar una respuesta adecuada a tal pregunta.

* * *

Llegó el nuevo día.

—Pues las cortezas que comimos ayer no nos causaron ningún daño —dijo Pérez.

—Podemos tomar otra ración —dijo el escocés—. Parece ser que con un pequeño trozo tenemos para veinticuatro horas.

—Lo malo es —dijo Praes— que las reservas se están agotando. Mantener las antorchas siempre encendidas ha consumido gran cantidad de madera y, a este paso, mañana ya no nos quedará nada.

—Dejemos solo una antorcha encendida —dispuso Karel, lo cual fue aceptado por unanimidad.

Los trozos de corteza que ingirieron les hicieron ver las cosas con algo más de optimismo. Incluso se permitieron alguna broma, que levantó no poco la moral, muy decaída después de las horribles escenas presenciadas el día anterior.

Karel pensó en Otkov y en Marks, aunque, a propósito, no se atrevió a suscitar la cuestión. Acaso estaban escondidos en alguna grieta, sin poderse mover, incubando los mortíferos huevos de avispa gigante; acaso habían conseguido escapar… ¿quién podía asegurar nada? Lo que sí resultaba cierto era que intentar buscarlos hubiera resultado una pérdida de tiempo innecesaria, aparte de que no podían correr más riesgos de los estrictamente necesarios para sobrevivir ellos mismos. Era un proceder egoísta, pero el único observable, dadas las circunstancias.

Un cuarto de hora más tarde estaban a punto para la marcha.

—El camarero no protestará por falta de comida —dijo Pérez de buen humor, tomando el brazo de Juana con gesto posesivo.

La mujer le miró arrobada.

«Si tienen la suerte de salvarse, habrán purgado de sobra sus pecados, cualesquiera que éstos hayan podido ser», pensó Karel al observar el detalle y fijarse en la ternura que reflejaba su mirada.

Medora le tocó en un brazo.

—¿Vamos?

Se volvió hacia ella y la miró, sonriendo. Ella sonrió también.

El peligro les unía. Las diferencias pasadas quedaban muy lejos. ¿Qué importaba la hermosura corporal? Allí, en un mundo tan salvaje y lleno de riesgos, lo que contaba era la fortaleza y la inteligencia. Y de tales cualidades Medora no estaba escasa.

Tomó su mano. El primer gesto de Medora fue retirarla, pero se contuvo en seguida, mientras su cara se cubría de rubor.

Karel respiró con fuerza.

—Sí, vamos.

Los demás les precedían. A medida que caminaban, el desfiladero se estrechaba, hasta tal extremo que, en algunos puntos, su anchura no superaba los veinte metros. Los bordes superiores de sus paredones de roca debían de hallarse a grandísima altura, pero las nubes impedían verlos.

De pronto, un olor extrañó hirió la pituitaria del joven. Era un olor dulzón, casi embriagante, no muy intenso, pero persistente, incluso hasta hacerse desagradable. Miró a derecha e izquierda, tratando de hallar en el fondo de aquel árido barranco la fuente del olor.

De pronto oyó unos gritos.

—Corramos, Medora —exclamó.

Se lanzaren hacia delante a la carrera. Treinta metros después, Karel contemplaba un espectáculo sumamente interesante.

A unos diez o doce metros de altura sobre el fondo del barranco, había lo que parecía un grupo de plantas, con unas singulares ramificaciones, parecidas a las parras de vid terrestre, aunque mucho más largas y de ramas y zarcillos más gruesos. El color de sus hojas, alargadas y del grueso de un dedo, era de un tono rosado amarillento, con estrías rojizas en la superficie, que daban la sensación de ser venas de un ser viviente de sangre caliente.

Las ramas de aquella singular planta alcanzaban, a veces, una longitud de treinta o cuarenta metros en todas direcciones, incluso

por el suelo, en forma radial. De dichas ramas, partían numerosos zarcillos, que se enroscaban en espiral, cuyo grosor variaba entre los dos y los diez milímetros, de un tono algo más oscuro que el de las hojas.

Pero lo que más sorprendió a Karel fue la extraña flor que había en el centro de aquel conjunto, una flor descomunal de varios metros de anchura y espesor, compuesta únicamente por media docena de hojas muy gruesas, que daban la sensación de estar replegadas sobre sí mismos. Un extraño líquido exudaba de la corola de aquella flor —si merecía tal nombre—, más bien un jarabe denso, amarillento, que era el que producía el olor que invadía el ambiente hasta marear a los desterrados. De cuando en cuando, alguna enorme gota del exudado caía al suelo con sordo chasquido, formando una especie de charco al pie mismo del altísimo farallón.

—Parece miel —dijo alguien de pronto.

—Podría servirnos de alimento —exclamó Philip—. Voy a probar un poco… —Se echó a reír—. Sólo mojaré el dedo en el líquido, como cuando era pequeño y me escurría a la despensa, para robar la confitura a mi madre.

Philip se soltó de Anuschka y avanzó unos pasos hacia el charco de jarabe que había al pie de la enorme flor. De pronto, Karel se sintió invadido por un súbito y terrible presentimiento.

Dio un paso hacia delante y lanzó un fuerte grito.

—¡Párate, Philip!

Al oír su grito, el muchacho se detuvo, se volvió y le miró.

—¿Qué diablos…?

Anuschka lanzó un horrible chillido. De pronto, con la rapidez del relámpago, una de las ramas de la extraña planta ondeó en el airé como un látigo y azotó el cuerpo de Philip, derribándole por tierra.

CAPÍTULO XII


ntes de que ninguno de los asombrados espectadores de la escena pudiera intervenir, otra rama semejante, de idéntica flexibilidad, se movió velozmente y se enroscó en el cuerpo del muchacho. El olor aumentó de repente.

Philip gritó de miedo. Las ramas se enrollaron de pronto, arrastrándole hacia la enorme flor, cuyos pétalos estaban sacudidos por una serie de estremecimientos que recorrían su superficie, como las ligeras ondulaciones levantadas por la brisa en la tersa superficie de un lago.

Juana lanzó un agudo chillido y se desmayó. Anuschka emitió un rugido de fiera herida y saltó hacia delante.

—¡No! —gritó el escocés, agarrándola por un brazo.

Pero sólo consiguió quedarse con la tela de la manga de su blusa.

Actuando con enorme rapidez, Anuschka se arrojó sobre el cuerpo de Philip, de cuya garganta se escapaban sonidos

entrecortados, y trató de liberarle de la presión de aquellas ramas. Entonces, otra rama onduló por los aires y rodeó la cintura de Anuschka, con presión irresistible.

La desdichada mujer lanzó un ronco grito de agonía. La presión del tentáculo vegetal debía ser terrible; un hilo de sangre brotó casi al instante de sus labios, a la vez que sus brazos se movían frenéticamente, en un vano e instintivo impulso de liberarse de aquel dogal que la ahogaba.

Las uñas de Medora se clavaron en el brazo de Karel.

—¡Haz algo, Dios mío, haz algo! —suplicó.

Los espectadores permanecían petrificados por el horror de la escena. Lenta e inexorablemente, Philip y Anuschka iban siendo arrastrados hacia la gigantesca corola, cuyos pétalos se desplegaban poco a poco, con fascinadores movimientos que parecían ejecutados al «ralentí», pero sin que cesaran un solo instante en su incontenible destrucción.

—¡Es una planta carnívora! —gritó alguien.

De pronto, Karel saltó hacia delante y arrebató la antorcha encendida de brazos de Abdullah. Dio dos pasos más y acercó la llama a uno de los tentáculos.

—¡Atrás, atrás! —rugió MacDonald de pronto.

Juana se había despertado, justo a tiempo para ver el relampagueo de un nuevo tentáculo. Emitió un agudísimo chillido, cuyos ecos rebotaron por los muros del desfiladero.

Karel retrocedió a la carrera, esquivando por pulgadas el latigazo de la rama. Resbaló y cayó de espaldas.

La antorcha se le escapó de la mano. Alguien la recogió y, tomando impulso, la arrojó contra la corola de la planta carnívora. Las llamas chamuscaron un poco uno de los pétalos, pero no hicieron nada más. La antorcha volvió a caer al suelo, junto al charco de jarabe, en donde siguió consumiéndose con lentitud.

—Prendamos fuego a las demás astillas —propuso Weng.

—Imposible —dijo McDonald con voz opaca—. No conseguiríamos nada y, además, esos desgraciados están ya muertos.

Karel se puso en pie. Con morbosa fascinación, contempló el acercamiento de los dos cuerpos a la flor carnívora, cuyos pétalos se habían separado casi por completo. En su interior, se divisaban una

serie de agudas espinas, de más de diez centímetros de largo por uno de grueso; eran los «dientes» con los cuales la planta retenía a sus presas.

El olor de los jugos digestivos, exacerbados por la inminencia de las presas, se acentuó de forma horrible. Los cadáveres de Philip y de Anuschka entraron en la corola.

Entonces, los pétalos se cerraron con gran rapidez. Por entre sus intersticios empezó a correr la sangre hacia el suelo.

—Vámonos, vámonos pronto de este lugar maldito —gritó Praes, exasperado.

Algunos echaron a correr, como enloquecidos, perdida momentáneamente la razón a causa de aquel horrendo espectáculo. Karel sintió también las mismas intenciones, pero se contuvo al ver la antorcha que ardía en el suelo.

Entonces se percató de un tremendo detalle. Sin vacilar, desafiando el riesgo, saltó hacia delante y rescató la antorcha. Al ver su gesto, Medora lanzó un agudo grito.

—¡Karel!

Pero el joven estaba ya fuera de peligro. Por otra parte, intuyó que la planta carnívora debía tener bastante con las dos presas capturadas, ya que no se movió ninguno de sus tentáculos. Medora se reunió en seguida con el joven.

—Has podido morir —le reprochó.

Karel blandió la antorcha.

—Philip tenía nuestra única caja de fósforos —dijo—. A partir de este momento, debemos mantener encendido el fuego como podamos.

—Tienes razón —convino Medora, temblando aún de miedo—. Ha sido algo horrible. Todavía…

—Recoge la leña —le interrumpió él—. No hay lugar para sentimentalismos, es duro tener que hablar de ese modo.

—Sí, Karel —respondió ella.

Reanudaron su camino. Con gran amargura, Karel pensó que ya sólo restaban ocho de los treinta desembarcados. ¿Hasta cuándo duraría aquel infierno?

«Nuestros cadáveres irán quedando esparcidos por el camino», pensó lúgubremente.

Las plantas carnívoras abundaban en el desfiladero. Cada cien

metros, a veces algo más, había una de ellas, La longitud del desfiladero parecía inacabable.

Antes de terminar la travesía, sufrieron dos bajas más: Praes y Weng, atrapados, pese a las prestaciones tomadas, por sendos tentáculos, que les arrastraren, no obstante sus esfuerzos, hacia el interior de las voraces corolas. El caso del oriental resultó particularmente horrible, porque cuando llegó al interior de la flor estaba todavía con vida. Sus gritos siguieron oyéndose aún durante algunos minutos, pese a quedar oculto por los gigantescos pétalos.

Tropezando en todas partes, tambaleándose como borrachos, los escasos supervivientes salieron al fin del desfiladero y llegaron a un extraño paraje de piedras y rocas, con grandes monolitos erguidos en numerosos lugares, algunos de los cuales alcanzaban cincuenta y más metros de altura.

Juana se dejó caer en el suelo, gimiendo, presa de un ataque histérico.

—¡Estamos malditos, estamos malditos! —decía una y otra vez.

Pérez se arrodilló a su lado, la tomó en brazos y la acunó contra su amplio pecho, a la vez que le prodigaba palabras de consuelo. La joven acabó por calmarse un tanto, aunque sus sollozos duraron largo rato.

Karel y Medora dejaron caer al suelo los dos brazados de leña que transportaban. La joven se sentó, al borde del agotamiento.

—Mac —llamó él.

—Dime, Karel —se acercó el escocés.

—Creo que contendría pasar aquí la noche —sugirió el joven—. El día ha sido demasiado agitado y creo que a todos nos conviene un buen descanso.

—Por mí, conforme. ¿Cómo vamos de leña? —preguntó MacDonald.

Había tres fajos en total. El escocés torció el gesto.

—La habremos acabado después del desayuno —opinó.

—A pesar de todo, seguiremos adelante. —Karel se puso ambas manos en los costados y respiró a fondo—. Éste es un buen sitio, creo yo. Sólo se ven piedras.

—Con tal de que no existan bestias minerales —comentó MacDonald en tono amargo—. Aquí, en este condenado planeta, hasta el aire parece un ser vivo.

—Pues yo creo que al fin encontraremos un lugar habitable —declaró Karel con exasperación.

—Es posible que exista —convino el escocés—. No me cabe la menor duda de que tiene que haber una zona donde se pueda vivir sin mayores peligros que en mi país; lo malo es… ¿dónde está? ¿La encontraremos antes de morir?

Karel dejó caer los brazos a lo largo de su costado, sintiéndose desalentado de repente. Eran ya muchos días de lucha, muchos días de pelea continua con los elementos adversos de Venus… por un momento, llegó a pensar si no habría sido mejor dejarse devorar por una de aquellas plantas carnívoras.

«A estas horas, habría dejado ya de padecer», pensó.

Pero, casi en el acto, se arrepintió de tan fúnebres pensamientos. Al contemplar a Medora, se dijo que tenía un motivo por el cual intentar seguir viviendo.

Se sentó junto a ella. La joven le miró, sonriendo con tristeza.

Sus ropas aparecían casi destrozadas; apenas si su pecho estaba cubierto por unos andrajos, restos de la blusa que le había sido entregada al ser ingresada en la nave penitenciaria. En cuanto a la falda, no tenía mucho mejor aspecto, ni tampoco disponía de una extensión de tela mucho mayor.

Por su parte, él no ofrecía mejor aspecto. Sus ropas eran asimismo unos harapos, y la barba, de una semana larga, hacía que sus ojos pareciesen doblemente hundidos en sus cuencas.

—¿Cómo te encuentras, Medora? —preguntó.

La joven esbozó una sonrisa.

—Cansada, pero bien. El ánimo flaquea a veces, sin embargo.

—Yo confío —dijo él.

—¿En qué?

—Me acuerdo de las palabras del guardia.

—¿Y si lo dijo por infundirnos una esperanza que no tiene razón de ser?

—Es posible que tengas razón —admitió él—. No soy aficionado a los presentimientos; sin embargo, en esta ocasión, me inclino a creer que el fin de toda esta serie de torturas no está muy lejos.

—¿Crees que acabaremos hallando lo que, comparado con lo que tenemos ahora, podrá ser considerado como un paraíso?

—Sí. Esa esperanza es la que me mantiene en pie. Y tú también,

Medora.

El seno de la joven palpitó con fuerza. Antes de que pudiera hablar, Karel continuó:

—En realidad, el culpable de que estés aquí, soy yo.

—No digas eso —protestó Medora.

—Sí. Porque obré con gran negligencia. Ya sabes lo que sucede en tales casos. «No ha pasado nunca nada en veinte años y no va a ocurrir ahora precisamente», es lo que piensa uno. Y, entonces, ocurre, provocando una serie de catástrofes, una de las cuales te alcanzó a ti. Por eso deseo, si conseguimos sobrevivir, compensarte de todos los padecimientos sufridos por mi culpa.

Medora le sonrió con gesto amistoso.

—Bastaría con lo que has dicho, y no hablo de lo que a mí particularmente se refiere, para perdonarte tu culpa, si acaso la tuviste. En realidad, te fiaste de quien seguramente no debías hacerlo, eso es todo. Pero oírte hablar de esperanza es lo mejor que he escuchado en mucho tiempo, créeme de verdad.

Karel la contempló en silencio durante algunos segundos. En aquellos instantes, Medora le pareció la mujer más hermosa del mundo, infinitamente más que su bella prometida, quien se había apresurado a abandonarle, apenas conoció la noticia de su desastre financiero y de la sentencia del tribunal.

—Tú no abandonarás jamás al hombre a quien ames —pensó en voz alta.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo? Se asombró ella.

Karel sonrió.

—Nada, Medora. No te preocupes. —Le tomó una mano y la palmeó con fuerza—. Saldremos adelante ya lo verás.

En aquel momento, sonó una voz.

—¡Eh, chicos, venid aquí!

Karel y Medora volvieron la cabeza. Pérez, con gesto un tanto perplejo, rascándose la cabeza con una mano, estaba en pie junto a la base de un enorme monolito rocoso de más de cuarenta metros de altura, por cinco o seis de grueso.

—Vamos a ver qué quiere —dijo Karel, poniéndose en pie y ayudando luego a Medora a incorporarse.

Se acercaron a Pérez. El chileno exclamaba en aquellos mementos:

—¡Por vida de…! ¡Estos signos me resultan por completo incomprensibles! Jamás había visto una inscripción semejante.

Grabados en la piedra, como tallados por un cincel, había una serie de líneas, rectas en su mayoría, formando una larga columna, por grupos de tres o cuatro en cada línea y con un total de ocho o diez líneas en la inscripción.

—Parecen proceder de una extraña civilización —dijo el escocés.

—¿Será cierto que existieron en Venus seres inteligentes hace acaso millones de años? —sugirió Abdullah.

—El tallado de la columna parece obra de las fuerzas naturales —dijo Pérez—. Da la sensación de ser alguna forma, peculiar de basalto, propia de este planeta, es decir, que en su erección no ha intervenido en absoluto la mano del hombre, si fueron hombres los primitivos pobladores de Venus. Pero los signos…

Lanzó un profundo suspiro y añadió:

—Y eso que, a veces, he descifrado inscripciones mucho más difíciles. Recuerdo que cierta vez, en la altiplanicie andina, antes de que se me ocurriese la maldita idea de aceptar la plaza de arqueólogo de la Universidad de Marte Capital…

Karel respingó. ¡Pérez, un arqueólogo! ¡Cualquiera lo hubiera dicho, con semejante aspecto!

Pero el suyo no era mejor y él era —había sido— un financiero. Abdullah había mencionado en cierta ocasión una patente denegada de capitán de astronave. De MacDonald no se conocía el oficio, pero debía de tener también una vasta cultura, a juzgar por el modo de comportarse. ¿Quién pedía saber a ciencia cierta lo que había sido cada uno de ellos antes de ser arrojados al planeta maldito?

Cerca del amanecer, Pérez despertó a todos con un estentóreo grito. Dos mil quinientos años antes que él, un famoso geómetra griego había proferido una exclamación semejante:

—¡Eureka!

CAPÍTULO XIII



l aullido de Pérez puso a todos alerta, haciéndoles creer en un principio que estaban siendo atacados por alguna nueva especie de animal feroz. El primer gesto de Karel fue situarse junto a Medora, con el fin de protegerla del peligro.

—¡Eureka! —aulló el chileno por segunda vez—. ¡Lo tengo, lo tengo! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Karel, Medora y los demás, se acercaron al arqueólogo, quien con una antorcha en la mano, estaba plantado firmemente delante del monolito, contemplando la inscripción con aire de júbilo.

—Se me ocurrió mientras dormía —añadió, exultante de alegría —. ¡Qué acertado estuvo el que dijo que la almohada es el mejor consejero!

—¿Qué almohada? —preguntó Abdullah en tono zumbón.

Pérez hizo caso omiso de la broma.

Dijo:

—Son caracteres latinos, ¡vive Dios! Pero están escritos al revés y un tanto deformados. A ninguno de nosotros se nos ocurrió ayer esta posibilidad, ¿verdad?

—Claro —dijo el escocés con gesto pensativo—. Pero si son caracteres latinos, ello significa que algún terrestre pasó antes que nosotros por aquí. ¿Qué es lo que quiso decir?

—Podemos saberlo en seguida —contestó Pérez. Y empezó a deletrear, con evidente esfuerzo, los signos grabados.

Al terminar, miró a los espectadores con aire de desconcierto.

—Conozco un puñado de idiomas, pero éste resulta nuevo para mí —dijo.

—¿No será algún lenguaje venusiano, escrito en caracteres terrestres? —apuntó Medora.

—¿Por qué no reproducimos la inscripción en el suelo? —dijo Karel de pronto—. Me refiero con las letras en posición normal, no invertidas, como están ahora.

—Una buena idea —aprobó el escocés—. ¿Quieres dictar, Pérez?

MacDonald se arrodilló en el suelo, alisó un parte del mismo con la mano y, tomando una piedra de punta, aguzada, esperó.

El chileno dijo:

—Bueno, ahí va.

Unos momentos después, seis pares de ojos contemplaban atónitos el resultado de la operación.

Era el siguiente:

- A R E
P S
- E N E
D E
- O V E
U N O
- R U G
E S N
- I L E
U S
- L E D
A R R
- E I T
A L

- R A S
  E
- V A R
  T A
- E D S
  E
- U P S
  E D

—¿Qué diablos quiere significar eso? —preguntó Pérez, irritado.

—No lo sé —contestó el escocés—; tú eres arqueólogo. Además, ¿importa mucho, en las actuales circunstancias? ¿De qué se trata ahora: de arqueología o de supervivencia?

El chileno se inclinó, recogió un trozo de corteza y empezó a mordisquearla.

—Tienes razón, Mac. ¿Qué diablos nos importa…?

Karel le interrumpió de repente.

—Oye, Pérez —dijo de pronto—, ¿se te ha ocurrido leer esa inscripción de una forma diferente?

El chileno se quedó con la boca medio abierta, llena de corteza de «sequoia».

—¿Qué es lo que pretendes decirme, Karel?

—Has tratado de leer la inscripción de la forma normal, esto es, de izquierda a derecha y de arriba abajo, ¿no es verdad?

—¡Rayos! —juró el escocés—. ¡Es cierto!

Y, arrodillándose de nuevo en el suelo, empezó a leer en forma completamente opuesta, de derecha a izquierda y de abajo arriba.

—Escuchad esto —dijo, tras un rápido ensayo—: *Después de atravesar la Tierra del Suelo Inseguro. Nuevo Edén espera*.

—¡Nuevo Edén espera! —dijo Medora alborozada, cogiendo una de las manos de Karel con vehemencia.

—¡La Tierra del Suelo Inseguro! —repitió el chileno, sumamente meditabundo—. ¿Qué será eso?

—¿Y qué demonios nos interesa ahora? —barbotó Abdullah, con los nervios a flor de piel—. Lo importante es llegar al Nuevo Edén.

—Suponiendo que no se trate de alguna broma pesada —dijo MacDonald en tono lúgubre, temeroso de dejarse llevar por el optimismo.

—No lo creo yo así —dijo Karel con voz espesa—. El jefe de los

guardias habló del premio que nos esperaba al final. Tal vez Nuevo Edén sea ese premio.

—Bien, en todo caso, ¿a qué esperamos? —propuso Juana—. Cuanto antes atravesemos esa tierra señalada en la inscripción, antes llegaremos al paraíso.

—Un momento —exclamó Karel—. Antes hay que comer algo. No podemos emprender la marcha con el estómago vacío.

Partió dos trozos de corteza, entregó uno a Medora y empezó a comer del otro.

—Esto calma un poco la sed —dijo Abdullah—, pero, de todas formas, estoy ansioso de tenderme de bruces a la orilla de un arroyo y beber hasta que la piel del vientre se me ponga como el parche de un tambor.

En efecto, la sed empezaba ya a dejar notar sus efectos. Las cortezas eran una solución momentánea a este respecto, pero no resolvían el problema de una manera definitiva. Además…

—Desde que desembarcamos, no hemos tenido ocasión de bañarnos siquiera —observó Medora—. Debo tener encima una cantidad de mugre enorme.

—Estoy seguro de que al único que le importaría un poco ese detalle, no se ha fijado en él siquiera —dijo el chileno, riendo. Atrajo a Juana hacia sí, con uno de sus enormes brazos—. ¿Está sucia esta chica? ¡Yo no lo veo…!

Juana se ruborizó. Medora volvió los ojos hacia Karel y le contempló en silencio durante algunos momentos.

—Bueno, vamos —dijo el escocés, cortando la escena. Levantó los ojos hacia el monolito—. Quienquiera que sea el que haya grabado la inscripción, gracias.

—¡Amén! —exclamó Pérez.

Emprendieron la marcha. El suelo, aunque llano en general, era bastante irregular en los detalles. Con frecuencia tenían que dar grandes rodeos para evitar amontonamientos de rocas que a veces parecían pequeñas colinas. Caminaban por una vasta meseta, de superficie ondulada en algunos puntos, en la cual los monolitos semejantes al que habían encontrado la inscripción, abundaban enormemente. Encontraron un grupo de ellos que casi parecía un bosque de árboles petrificados, después de perder las ramas y las hojas. La aridez del suelo era absoluta; no había el menor rastro de

vegetación y, por supuesto, de líquido potable.

Las horas empezaron a pasar lentamente. Cerca del mediodía, hicieron un alto para tomarse un descanso. Eran muchos días de caminar, luchando sin reposo con toda serie de peligros, viendo morir a sus compañeros, y se sentían al borde del agotamiento.

A poca distancia del lugar en que se hallaban, había una larga barrera rocosa, como una falla geológica, de una longitud que no podía determinarse, ya que estaba oculta por la neblina que no cesaba un momento de envolver al planeta, y de una altura media de doscientos cincuenta a trescientos metros. Sus muros poseían numerosas irregularidades que, pese a su casi verticalidad, prometían ciertas facilidades en el ascenso.

—Me preguntó si el suelo inseguro de esa zona de que hablaba la inscripción será de arenas movedizas —dijo MacDonald de pronto.

—Es posible —convino Karel—. De todas formas, no creó que tardemos mucho en saberlo. El aviso da la sensación de hallarse a la entrada de esa Tierra.

—Pese a lo cual, llevamos ya cuatro o cinco horas caminando y todavía no hemos encontrado ningún suelo inseguro —observó el chileno.

Medora se puso en pie.

—Bueno, lo mejor será continuar. —Levantó la vista a lo alto de la falla—. Opino que, caso de no hallar hoy la Tierra del Suelo Inseguro, sería conveniente pasar la noche allá arriba.

—De acuerdo —dijo Karel.

Echaron a andar. Poco después llegaban a la base de la falla.

—Sólo nos faltaba tener que hacer de alpinistas —dijo el escocés, haciendo una mueca—. Sin cuerdas, ni crampones, ni piolets…

—La pared no es tan mala de escalar como parece.

—¡Arriba! —exclamó Abdullah.

Karel fue el primero en buscar un sitio adecuado y empezar a subir. Tras él iba Medora, y luego seguían los restantes. Abdullah cerraba la marcha, siguiendo inmediatamente al escocés.

De vez en cuando, hallaban alguna plataforma rocosa, en la cual se sentaban a descansar. Debilitados por tantos días de camino, con una alimentación insuficiente y sintiendo de nuevo los perniciosos

efectos de la sed, su fatiga era enorme.

A ciento cincuenta metros del suelo hicieron su segundo descanso. Abdullah encontró un gran saliente rocoso y se sentó en él, con la espalda apoyada contra el muro. Como los demás, estaba empapado de sudor.

—Si salimos de ésta… —empezó a decir.

De pronto, se oyó un sordo rugido.

—¿Qué es eso? —gritó Juana, asustada, apoyándose a la pared rocosa.

Karel se puso en pie de un salto, apretándose contra el muro. Tendió la mano a Medora para que hiciese lo mismo.

El ruido se repitió. Era una especie de bramido que surgía del seno de la tierra, como si en su interior empezase a despertarse algún gigantesco animal prehistórico.

—¡Arriba, arriba! —gritó Karel, intuyendo un nuevo peligro.

De súbito, la tierra vibró de forma violenta.

Notaron claramente las ondulaciones del suelo. Una enorme roca se desprendió del paredón y empezó a rodar hacia abajo con enorme estrépito.

—Agárrate con las dos manos a todos los salientes, Medora —gritó Karel.

De pronto se oyó un seco chasquido. Y en seguida sonó un agudísimo alarido.

Karel volvió la vista un instante. Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

El saliente sobre el cual estaba Abdullah apoyado acababa de quebrarse. Perdido el apoyo, Abdullah cayó hacia abajo, agitando frenéticamente los brazos y las piernas.

La roca chocó con otra y provocó un pequeño y estrepitoso alud. Los chillidos de Abdullah cesaron a poco. Las piedras cayeron sobre él y le cubrieron por completo al pie de la falla.

El suelo seguía vibrando, con alternativas oscilaciones de intensidad. De todas partes se desprendían menudos trozos de roca que saltaban y caían hacía el abismo, en medio de un sordo fragor, que se extendía a todo lo largo del muro.

—¡Arriba, arriba! —gritó el chileno.

Escapar de aquel paredón, que se agitaba como la piel de un enorme animal, era su única salvación. Entonces comprendió Karel

el siniestro significado de la inscripción.

La Tierra del Suelo Inseguro.

Quizá se hallaban en alguna zona de extremada actividad volcánica interna, cuyas convulsiones se reflejaban en el exterior por medio de aquel seísmo, que no llevaba trazas de terminar.

Frenéticamente, ansiando salvar la vida, reanudaron la ascensión. De pronto, Medora lanzó un agudo chillido.

Una de las piedras en que apoyaba los pies acababa de fallarle. La joven había quedado suspendida en el vacío, colgando de los brazos, con las manos asidas a un pequeño saliente.

—¡Karel! —gritó.

Karel alargó la mano derecha y aferró uno de los brazos de la joven. Su frente se cubrió de sudor y no a causa precisamente del esfuerzo físico.

Él también tenía les pies apoyados en una roca salediza. Los estremecimientos del suelo continuaban.

Si la roca fallaba…

Usando toda su fuerza, consiguió izar a Medora a lugar seguro. La joven quedó apoyada contra la pared, oculto el rostro durante unos momentos, mientras sus hombros se agitaban a impulso de los sollozos.

—No hay tiempo para compadecerse, Medora —dijo Karel—. Arriba, arriba.

La tierra continuaba moviéndose. Aquél era un peligro muchísimo mayor que todos los precedentes, porque no podían luchar con él más que de una forma: tratando de huir de aquella zona terrorífica. Ciegos por escapar, arañándose las manos, dejándose a veces las uñas en los salientes rocosos, consiguieron al fin alcanzar el borde superior de la falla. Corrieron como locos cerca de un centenar de metros, y luego, exhaustos, jadeantes, bañados en su propio sudor, se dejaron caer al suelo.

El temblor de tierra cesó de repente. El suelo dejó de moverse.

Karel se incorporó despacio. Apenas si podía creer que se hubieran salvado. Los últimos minutos habían sido una auténtica pesadilla.

Miró en torno suyo. A lo lejos, le pareció que el cielo estaba más despejado.

Se agachó, agarró a Medora y la obligó a ponerse en pie.

—Debernos salir de aquí cuanto antes.

—Hemos perdido las antorchas, las astillas —gimió la joven, descorazonada.

—Eso importa poco ahora. Sigamos —exclamó él con voz firme.

Juana no pedía dar un paso. Pérez se la cargó al hombro, como si fuera un saco de patatas. La joven no protestó.

El suelo era rocoso, casi sin maleza o vegetación alguna. Parecía extenderse hasta el infinito como un inmenso desierto petrificado.

Caminaron unos trescientos metros. De pronto, el rugido se repitió.

—¡Cuidado! ¡Otro, seísmo! —gritó Pérez.

—¡A correr! —exclamó Karel, arrastrando a Medora de la mano.

El suelo empezó a temblar. Se movía en todos los sentidos: subía, bajaba, se deslizaba hacia la derecha y hacia la izquierda, atrás y adelante… Era dificilísimo mantener el equilibrio.

De súbito, se oyó un aterrador crujido.

Casi a los pies del joven, se abrió una enorme grieta, de la cual salían unos vapores amarillentos, de aspecto sulfuroso. Karel saltó a un lado, tirando de Medora, justo en el instante en que se escuchaba un grito aterrador.

Los movimientos del suelo redujeron al instante la amplitud de la grieta, que quedó reducida a unos veinticinco o treinta centímetros de anchura.

El chillido se repitió.

Karel volvió la cabeza. Sintió que la sangre se le helaba en las venas.

MacDonald había sido atrapado casi por completo y apenas si sus hombros sobresalían de la grieta.

—¡Ayúdame, Pérez! —gritó Karel.

El chileno depositó a Juana en el suelo y corrió junto al escocés. Entre los dos hombres asieron los brazos de McDonald e intentaron sacarle.

El rostro del desgraciado aparecía cubierto de una espantosa palidez.

—Dejadme… —balbuceó—. Estoy yo…, listo…

Un chorro de sangre brotó de pronto entre sus labios y le corrió por el mentón. Se oyó un aterrador chasquido de huesos.

Karel comprendió que la grieta seguía cerrándose. MacDonald

acabaría aplastado irremisiblemente por la tremenda presión de las rocas.

Desanimado, soltó el brazo. El escocés levantó la cabeza e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Es… es un asco… tener que mar… marcharme… sin… sin una buena botella de *whisky*… al… alcance de la mano…

Un borbotón de sangre cortó sus palabras. Dobló la cabeza sobre el pecho y murió.

Karel sintió que una mano tiraba de su brazo.

—Vámonos, vámonos de aquí —gritaba Medora, al borde de la histeria.

Echaron a correr, ciegos, frenéticos, enloquecidos, tropezando de cuando en cuando; levantándose por puro instinto de conservación, hasta que las fuerzas les fallaron y, agotados por completo, se dejaron caer al suelo.

Permanecieron echados de bruces largo rato. Al cabo casi de media hora, Karel levantó la cabeza intuyendo una próxima sorpresa.

Un extraño olor llegó a su nariz. Resultaba extraño, porque nunca hubiera pensado percibirlo en Venus: era aroma de flores silvestres, de hierba, de árboles, el conjunto de olores que se perciben en una campiña terrestre en la primavera.

—Arriba —jadeó—. Pronto, vamos.

Tambaleándose como borrachos, continuaron su camino. Karel sostenía a Medora por la cintura; pese a su fortaleza física, la joven estaba al borde del agotamiento.

Y, de pronto…

La niebla desapareció. En verdad, el cielo no tenía la transparencia del de la Tierra, pero, comparado con el que ellos conocían, les pareció de una limpidez total. Los objetos podían divisarse a tres y cuatro kilómetros de distancia.

Los atónitos ojos de les desterrados vieron ríos, praderas, montañas, bosques, arroyos rumorosos, grandes prados, macizos de flores… A lo lejos, algunas columnas de humo subían a lo alto perezosamente indicando la existencia de seres humanos.

Medora no pudo resistirlo más; rompió a llorar en silencio. Karel la atrajo hacia sí y ella ocultó la cara en el pecho del joven.

Juana fue más práctica: se desmayó. Por fortuna, Pérez estaba a

su lado y la recogió antes de que cayera al suelo.

—Sigamos. Allí tenemos agua y comida —dijo Karel.

Reanudaron su camino. Ahora se sentían ya libres y felices, después de los terribles riesgos pasados.

De pronto, al pasar al otro lado de un enorme seto, divisaron un objeto metálico. Al pie del mismo, un hombre fumaba con tranquilidad.

El sujeto vestía el uniforme de los guardias que les habían conducido hasta allí. Divisó a las dos parejas y salió a su encuentro.

Ellos se detuvieren, aprensivamente, incluso temerosos de sufrir una nueva detención.

Pero el guardia tenía intenciones amistosas. Lo demostró con la sonrisa y los gestos.

—Hola, amigos —dijo—. Bienvenidos a Nuevo Edén.

Karel inspiró con fuerza.

—Así que esto es Nuevo Edén —repitió.

—Sí. Eran treinta, creo —dijo el guardia.

Treinta, pensó Karel. Sólo quedaban cuatro. Veintiséis habían muerto.

«La Gorda», Philip, Anuschka, MacDonald, Abdullah …

Parecía que estaban a mil millones de kilómetros de distancia.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó.

—¿Quieren fumar? —invitó el guardia—. Bien, lo que mejor les parezca. Esta tierra es fértil, rica en frutos; hay agua y animales comestibles… Se puede obtener la comida sin gran trabajo.

—Pero no podremos volver a Marte —dijo Pérez.

—No —respondió el guardia.

—El destierro es definitivo —apuntó Medora.

—Sí.

Hubo una pausa de silencio.

—Pero ¿por qué no nos trajeron aquí directamente, en lugar de hacernos pasar las mil calamidades? —preguntó Karel.

—Una especie de elección —dijo el guardia—. Sólo debían sobrevivir los más astutos, los más fuertes, los más hábiles, los más inteligentes…

—O los más afortunados —cortó Karel, conteniendo a duras penas rabia que le invadía.

El guardia se encogió de hombros.

—O los más afortunados —repitió, impasible—. En todo caso, ésa es también una virtud, ¿no?

—Sí, pero… —dijo Karel. De pronto se desanimó. ¿A qué seguir hablando?

El guardia tiró su cigarrillo al suelo y lo pisó con la bota.

—Vayan a Nuevo Edén y construyan su mundo. Alguien les prometió un premio. Ahí lo tienen. ¿No es maravilloso?

—¿Lo es para usted? —preguntó Pérez en tono hosco.

—Yo tengo un oficio. Hago lo que me dicen. Me financiaron una expedición de condenados. Se han adelantado dos días al promedio. Otros tardan mucho más… si llegan.

—Así que ésta es la nueva forma de castigar los delitos —dijo Karel.

—Y de empezar a colonizar el nuevo mundo. No se les iba a traer aquí lindamente, después de lo que hicieron, ¿verdad? El que ha sobrevivido conservará siempre la memoria de lo que pasó y se esforzará en olvidar su vida anterior. Eso es lo que se pretende.

Karel se dijo que resultaba una tontería discutir con quien, posiblemente, tenía la lección aprendida de memoria. Por otra parte, el egoísmo de verse salvado le impedía sentir rencor.

—Tendrán que darme sus nombres —pidió el guardia—. He de citarlos en mi informe. Por supuesto, ya no se les molestará jamás.

—Perdón —quiso saber Medora—. ¿Hay más personas en ese valle?

—Claro. Ya se entenderán con ellas. Hay una especie de gobierno, pero ya lo irán viendo. Ah, cualquier fruto que encuentren es perfectamente comestible. Aquí no hay mayores riesgos que les que se encontrarían en cualquier campiña de la Tierra. Vivirán felices, se lo aseguro.

—Pero usted se marcha —gruñó el chileno.

El guardia suspiró.

—Para llegar a Nuevo Edén, tendría que seguir su mismo camino y eso es algo que me asusta de forma terrible. De lo contrario…

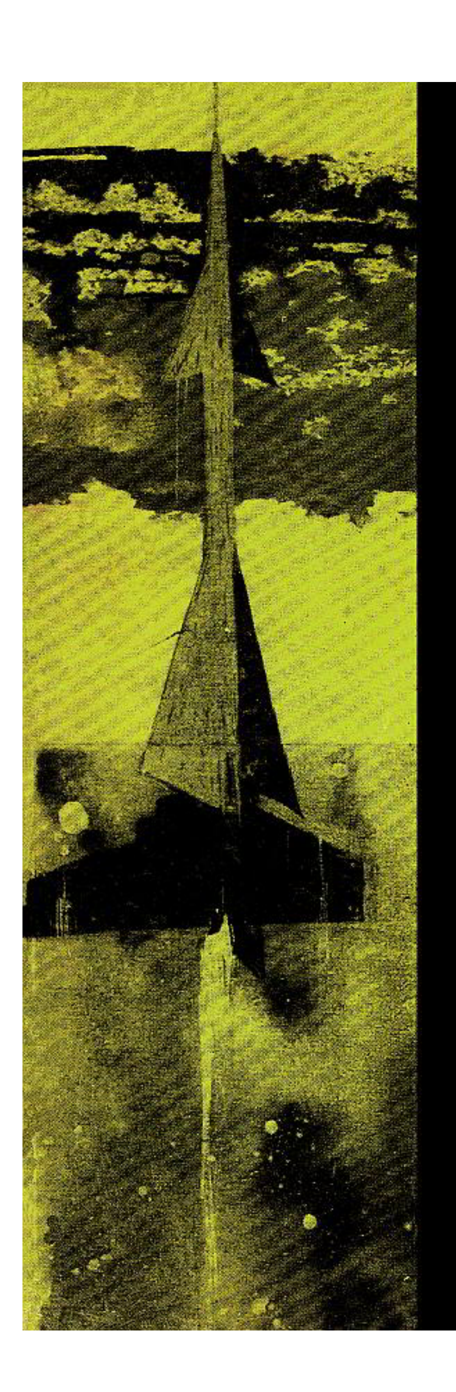
Poco después, el aparato se elevaba y desaparecía en las alturas.

Karel pasó su brazo por la cintura de Medora. La joven apoyó su cabeza en el pecho del joven.

—Pasaremos aquí la noche —dijo él.

—Y mañana empezaremos a construir nuestro nuevo mundo —susurró Medora.





próximo número:

El espacio exterior había decidido que los terrestres no debían salir de su atmósfera...

EL MERCENARIO

Vic Adams

precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA.
Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.